



Lecturas geográficas é históricas

José María Aubín





LECTURAS

GEOGRÁFICAS É HISTÓRICAS

+

LECTURAS GEOGRÁFICAS É HISTÓRICAS

COLECCIONADAS

por

JOSÉ MARIA AUBIN

"
PROFESOR NORMAL

Aprobadas por el Consejo Nacional de Educación

NUEVA EDICIÓN



BUENOS AIRES

ÁNGEL ESTRADA Y CÍA. — EDITORES

466 — Calle Bolívar — 466

1904

Digitized by Google

FEB 25 1915
U.W. Lib. - Ex.
G333
.A83

#6518349

PARTE GEOGRÁFICA

EL RÍO DE LA PLATA

Grande como un mar, le llamaron los guaraníes, en su dulce y expresiva lengua, y mar le llamó también el gran Solís, creyendo que sólo ese nombre cuadraba á la inmensidad de su anchura y al prodigioso raudal de sus aguas.

Es, efectivamente, el río que ha dado nombre á nuestra patria, uno de los más grandes y caudalosos de la Tierra; su anchura, de 40 kilómetros en su origen, alcanza á 180 al desembocar en el Océano, en el que deposita 960.000.000 de pies cúbicos de agua por día; equivaliendo su superficie, que es de 27.000 kilómetros cuadrados, á la de la provincia de Tucumán.

Dificultan su navegación un gran número de bancos de arena, particularmente entre Montevideo y la embocadura.

Son los más peligrosos el de *Ortiz*, que se extiende desde la boca de Santa Lucía hasta las proximidades de Buenos Aires, dividiendo al río en dos canales; el *Inglés*, cercano á la isla de

Lobos, y los de *Arquimedes*, *Medusa*, *Coracero* y *Chico*.

Las numerosas islas en él diseminadas están, en su casi totalidad, cercanas á la margen izquierda, por cuyo motivo forman parte del territorio de la *República Oriental del Uruguay*.

La *Argentina* posee únicamente la de *Martín García*, importantísima, no solamente por su extensión, sino por ser la llave de los ríos *Paraná* y *Uruguay*.

Sus aguas crecen y menguan al impulso de los vientos: el *pampero* ó SO. las hace bajar notablemente; en cambio, el SE. las acrecienta de tal modo, que inundan á veces grandes extensiones de la costa.

Los cambios de tiempo en este río son harto frecuentes, siendo de temer la primera ráfaga del *pampero*; pero á pesar de todo, las tempestades que en él se desatan no pueden compararse, ni en fuerza ni en duración, á las que estallan en los mares norteamericanos y en algunos de *Europa*.

Sobre su margen izquierda se levantan, en una pequeña península, la linda ciudad de Montevideo y la histórica Colonia del Sacramento; y en la derecha, la gran metrópoli argentina, Buenos Aires, que es por su población, su comercio y su riqueza, una de las principales del mundo y la primera de habla española.

A lo largo de esta orilla, en dirección al delta del Paraná, se extienden las hermosas residencias de verano de la aristocracia porteña, San Isidro, San Fernando, el Tigre y otras, y la espléndida ciudad de La Plata, nueva capital de la provincia de Buenos Aires.

El río de la Plata, considerado como vía comercial, es de primer orden.

Por él tienen rápida salida los ricos y variados productos de nuestras provincias interiores y por su medio tendrán comunicación pronta, segura y barata, Bolivia y otros países, el día en que los ferrocarriles proyectados y la canalización del Pilcomayo sean un hecho.

A.

PAMPAS Y LLANURAS

Las llanuras meridionales de la *América* se denominan *pampas*, palabra de origen quechúa que quiere decir llanura.

La pampa ocupa toda la extremidad meridional de este continente, desde el estrecho de Magallanes por el Sur hasta el *Brasil*, y hasta la sierra que al desprenderse de los *Andes* forma la meseta de *Bolivia*.

Su límite occidental está formado por los *Andes*, que la separan de *Chile*: al oriente llega hasta el mar.

Ocupa una extensión de 27° de latitud, y mide cerca de dos millones de kilómetros cuadrados.

En esta extensión, vasta sobre todo de Norte á Sur, la vegetación y el aspecto de las pampas ofrecen caracteres muy variados.

Mientras que en uno de sus extremos se alzan las palmeras y diversas plantas de la zona tórrida, la otra está cubierta durante una parte del año por una gruesa escarcha.

La *Patagonia*, desde su extremidad meridional

hasta las orillas del río *Colorado*, no es más que un inmenso desierto donde aparece sólo por intervalos una vegetación raquítica y espinosa: aguas salobres, lagos salados, incrustaciones de sal blanca, se alternan con esta triste vegetación.

Este aspecto se continúa así hasta el pie de los *Andes*, cuyas vertientes están desnudas por ese lado.

La *Patagonia*, sin embargo, no forma una llanura uniforme, sino una sucesión de llanuras horizontales, separadas por largas líneas de rocas escarpadas.

Las más elevadas de todas, con una altura de 900 metros sobre el nivel del mar, llegan á las faldas de los *Andes*.

Estas llanuras en gradería están cortadas en diferentes puntos por algunos arroyos; pero sus aguas escasas no bastan para fertilizar su suelo.

Ahí se notan las mismas variaciones extremas de temperatura, tan frecuentes en los grandes llanos, y los vientos adquieren por su violencia las proporciones del huracán.

Al norte del río *Colorado* el suelo cambia de naturaleza.

Allí comienzan verdaderamente las pampas, sin ríos, regadas por lluvias frecuentes, y cuya vegetación es tan monótona y tan triste como la esterilidad.

Las inmensas alfombras de hierbas y de grami-

neas parecen un mar de verdura: no se ve un árbol, ni aun un arbusto, salvo el ombú, cuya copa solitaria se distingue aquí ó allá en medio de estos desiertos de hierba.

El suelo es casi tan uniforme como la superficie de las aguas: en vano se buscaría allí una roca, una piedra.

El aspecto de las pampas, sin embargo, no es idéntico en todas partes.

En la más elevada ó inmediata de la cordillera, abundan los árboles de un tamaño regular; pero así que baja el terreno, los árboles se hacen más raros, y por último, al acercarse más á la costa, aparece la región de los cardos y de las plantas leguminosas, alimentadas por las lluvias repetidas.

Los calores de la primavera hacen crecer estas plantas hasta una altura prodigiosa, pero los soles del verano, muy ardiente en esa región, las secan y las aniquilan.

El aspecto de la pampa cambia todavía más al acercarse al Norte.

Gradualmente la vegetación se hace más rica, más variada y más formidable.

Al fin, aparecen las palmeras y las plantas tropicales, y la pampa se une así insensiblemente con la región de las selvas vírgenes.

D. BARROS ARANA.

(*Geografía física.*)

EL PARANÁ Y EL URUGUAY

I

El río *Paraná* tiene su origen en las sierras *Do Espinazo*, al NO. del río *Janciro*, á los 21° de latitud austral.

Dirige primero su curso hacia el NO., recibiendo las aguas de varios ríos, entre los cuales el *Grande*, el *Tiedé*, el *Paraná-Pané* y el *Curitibá*, son los más caudalosos.

Al llegar á los 19° de latitud, cambia de dirección, inclinándose al Sur hasta llegar á las fértiles llanuras en donde florecieron las célebres misiones de los guaraníes, establecidas por los jesuitas, en cuya zona forma un archipiélago de infinitas islas, difíciles de describir, corriéndose al Oeste hasta la ciudad de Corrientes, á cuya altura recibe las aguas del *Paraguay*.

Desde este punto, este río cambia de nuevo de dirección hasta desembocar en el Plata por los múltiples brazos de su delta.

Una de las propiedades del Paraná, que más interesa la curiosidad del observador, es la naturaleza de sus crecientes periódicas, muy semejantes á las del Nilo¹.

Todo es parecido entre ambos ríos, y puede afirmarse que no hay en el Globo otros dos cuyas cualidades sean más análogas entre sí.

Nacen uno y otro en la zona tórrida, y con corta diferencia, equidistantes del Ecuador, aunque en diferentes hemisferios.

Los dos desaguan casi en una misma latitud, dirigiéndose hacia sus respectivos polos.

Ambos son navegables en muchas leguas, tienen sus respectivas cataratas y sus crecientes periódicas en las estaciones respectivas, las que, haciéndolos salir de madre, producen la inundación de una superficie inmensa de terreno; siendo de notar que la causa del crecimiento es una misma para los dos, y consiste en la gran abundancia de aguas que cae sobre los países de la zona tórrida durante los cuatro meses en que el Sol está más próximo á los trópicos.

*(Extractado de varios trabajos de los
Sres. Monasterio y Sastre.)*

¹ Río situado en Egipto (*África*).

II

Varias opiniones se han emitido sobre la etimología de la voz *Uruguay*.

Quién afirma que quiere decir *Cola de gallina*; quién *Río de los Caracoles* ó de los moluscos.

Mis estudios en ese sentido me hacen descomponer esa voz en esta forma: *uru-ua-i*.

Urú, significa pájaro, y también un pájaro determinado¹; *uá*, significa cueva, antro, concavidad; *i*, que tiene en tupí un sonido nasal característico, significa agua ó río, según se use sola la voz ó combinada con otras.

Uruguay significa, por consiguiente, agua que brota de cueva donde hay pájaros ó *río de los pájaros*.

El gran río nace en la falda occidental de la sierra general del *Brasil*, desemboca en el *río de la Plata*, después de un curso de doscientas cincuenta leguas, en el que recoge el tributo de innumerables afluentes.

El mayor de todos ellos es el *río Negro*, llamado *Hum* por los charrúas, el cual atraviesa de Este á Oeste la República Oriental y recoge en

¹ Especie muy parecida al rulseñor.

su largo curso las aguas de más de la mitad del territorio.

El río *Uruguay*, en su desembocadura, recoge la prodigiosa cantidad de agua de los ríos *Paraná* y *Uruguay*, ó más bien dicho, todos ellos se juntan para formar una gran desembocadura llamada *Boca del Guazú*.

Ésta, conjuntamente con el *Plata*, era llamada por los indios *Paraná-Guazú*, que quiere decir río como mar (*para*, mar; *aná*, adverbio comparativo; *guazú*, grande).

El *Uruguay* describe grandes sinuosidades, forma innumerables islas, y es hoy navegable desde la barra del *Piratiú*, y con muy corto esfuerzo no tardará en serlo hasta muy cerca de sus fuentes, que brotan del corazón de la América Meridional.

La circunstancia de correr de Norte á Sur y de atravesar, por consiguiente, por distintas latitudes y climas, puede dar idea del gran río que, con el *Paraná*, forman el *Eufrates* y el *Tigris*¹ americanos, incomparablemente más extensos y más ricos que los que hicieron nacer en sus márgenes las opulentas ciudades de la feraz Mesopotamia.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

¹ Ríos de Asia

LA MESOPOTAMIA

Las provincias de *Entre Ríos* y *Corrientes* están limitadas por los ríos *Paraná* y *Uruguay*.

Sepáranlas una de otra los arroyos *Guayquirazó* y *Mocoretá*, que desaguan, el primero en el *Paraná* y el segundo en el *Uruguay*, un poco más al sur de los 30° de latitud.

Esta parte de nuestro territorio, llamada por algunos geógrafos *Mesopotamia Argentina*, es el jardín del litoral, como Tucumán lo es del Norte.

El terreno es quebrado, abundante en ríos, arroyos, lagunas y bosques, que lo hacen particularmente apto para la industria favorita del Río de la Plata.

Allí el ganado encuentra abrigo contra las intemperies, proporcionado por los árboles, pastos abundantes y aguas naturales.

Esta «península de agua dulce», como la llama un médico viajero, goza de temperamento benéfico á la salud, por cuanto las lluvias son frecuentes en el invierno y escasas en el verano.

El frío, dice el mismo viajero, es el contraveneno de la humedad, y la sequedad disminuye la influencia nociva del excesivo calor.

El aire es puro, y la atmósfera se agita y renueva con los vientos, que no encuentran montañas ni valles profundos que interrumpen su libre circulación.

II

La provincia de *Entre Ríos* tiene una figura triangular y abraza una superficie de 4.000 leguas cuadradas.

Está dividida en dos partes casi iguales por el río *Gualedguay*, cuyo curso es de Norte á Sur y recibe, por una y otra banda, las aguas de más de cuarenta arroyos, que se desprenden de las cuchillas ó pequeñas alturas, situadas entre el mismo *Gualedguay* y los dos grandes ríos, *Paraná* y *Uruguay*.

Éstos reciben, á su vez, las aguas de muchos otros, que al Este y al Oeste nacen de las mencionadas cuchillas.

La parte Norte y Occidental del *Uruguay* es boscosa, y este bosque se extiende sobre el Pa-

rand, espesándose y tomando el nombre de *Monte ó Selva de Montiel*, hasta el *Guayquiraró*.

Este bosque se compone de los árboles de quebracho, tala, ñandubay y ótros, excelentes para la construcción de edificios, para cercos y corrales, y son maderas muy estimables y que se pagan á buen precio en la campaña de *Buenos Aires*.

Á las orillas del *Uruguay*, por las inmediaciones de la *Concordia*, existe un vasto bosque de palmeras de la especie llamada *yatay*.

En el suelo de *Entre Ríos* se puede aclimatar toda clase de árboles frutales, lo mismo los de *Europa* que los tropicales.

El durazno, el manzano, el guindo, la vid, y otros, crecen allí á la par del naranjo y del guayabo, y el algodónero se produce admirablemente.

El trigo y el maíz son de buena calidad, y la harina es abundante.

Los ríos *Paraná* y *Uruguay* facilitan la exportación de los productos entrerrianos, y la comunicación en buques de vapor y de vela, por todo su vasto litoral.

El *Uruguay* es navegable hasta *Concordia*: más allá existen unos escollos que, por ahora, interrumpen la navegación de sus aguas.

La mayor parte de sus ciudades y pueblos se hallan á la margen de los grandes ríos que las

circundan, y las interiores no distan quince leguas de algún río navegable, hoy ó en lo venidero.

III

La provincia de *Corrientes*, situada al norte de la anterior, está como encerrada entre los ríos *Uruguay* y *Paraná*.

Este río, desde *Candelaria*, frente á *Itapúa*, corre al Oeste hasta la ciudad de *Corrientes*, en donde, formando un ángulo recto, se dirige hacia el Sur.

El *Paraná* determina, por consiguiente, el límite septentrional y occidental de esta provincia.

El río *Uruguay* es su límite por la parte Este, separándola del territorio del *Brasil* y del *Estado Oriental del Uruguay*.

Esta provincia puede considerarse dividida en dos regiones: una de *Corrientes* propiamente dicha, entre el *Paraná*, la laguna *Iberá*, provincia de *Entre Ríos* y el *Uruguay*; la otra, es una fracción de la antigua provincia de *Misiones* (hoy territorio nacional), entre el río *Aguapey*, laguna *Iberá*, el *Paraná*, el *Iguazú* y el *Uruguay*.

Su configuración geográfica es, próximamente, la de un trapecio, cuyos lados opuestos y paralelos son el curso EO. del *Paraná* y la línea divisoria con *Entre Ríos*.

El suelo de esta provincia tiene mucha semejanza con el de *Entre Ríos*, pues carece de montañas y sólo se levantan sobre la llanura general algunas colinas ó cuchillas.

La parte *norte* se distingue por la abundancia de sus esteros y lagunas, entre las cuales son las más notables las llamadas *Iberá* y *Maloya*; de ésta nacen numerosos arroyos que se derraman en el *Paraná*, como el *Santa Lucía*, el *Empedrado*, *San Ambrosio*, etc.

Las crecientes de la laguna *Iberá* se derraman en el *Paraná* y el *Uruguay* al mismo tiempo: en el primero, por medio de los rios *Corrientes* y *Santa Lucía*; y en el segundo, por el caudaloso *Mirínay*, que es, en parte, navegable.

Los árboles nativos son más corpulentos en *Corrientes* que en *Entre Ríos*, á causa de la latitud más *norte* y de la gran humedad de su suelo y atmósfera.

Las palmeras son más abundantes, el quebracho colorado más corpulento y elevado, el bambú ó caña tacuara más gruesa y crecida.

En la parte *norte*, comenzando desde *Goya*, los agricultores cosechan la mandioca, la caña de azúcar, el algodón y el tabaco, que es de ca-

lidad exquisita, principalmente en los departamentos de *Mburucuyá* y *Caa-catí*.

Los bosques de naranjos dulces hermocean las campañas y los suburbios de las poblaciones y producen una verdadera riqueza á la provincia, que exporta anualmente millones de hermosas y azucaradas naranjas, que devora la población del litoral del *Plata*.

El sabio naturalista D'Orbigny divide la vegetación de Corrientes en dos secciones: la de los bosques y la de las llanuras.

Cúbrese éste de gramíneas y de multitud de otras plantas, que forman en el verano á manera de jardines naturales esmaltados de infinitas flores.

Los bosques ralos de quebrachos y espinillos tienen un aspecto triste y se desnudan de sus hojas en invierno.

Pero los que crecen á las orillas de los ríos son, al contrario, muy tupidos, elevados, entretejidos de mil enredaderas variadas en la forma y en los colores vivísimos.

Descuellan en estos bosques las airosas palmeras, cuyas copas remedan grandes penachos, caídos en la tarde y erguidos en la mañana á influjo de los primeros rayos del Sol.

JUAN M. GUTIÉRREZ

LA HIERBA MATE

El célebre vegetal que da la *hierba* es vistoso y de mucha frondosidad; su hoja y figura son un término medio entre el laurel y el naranjo. Se trabaja del modo siguiente: el hierbero desgaja el árbol, recoge los gajos, los amontona en un lugar que tiene bien rozado y limpio, y allí prende fuego y va chamuscando gajo por gajo; después de esta operación, desmenuza los mismos gajos, haciendo lo que se llama un *guacerbo* de la propia hoja, con la que forma un haz en figura de escalera, más alto que el peón, y afianzado sobre la frente y pecho lo conduce sin arrastrarlo, pues no pasa del tobillo, sin más movimiento que el paso medurado, hasta la población ó rancho en donde ya está preparado el *barbacué*, que es un envarillado en forma de horno, de dos bocas, fabricado con varas verdes.

Sobre dicho armaje, coloca el peón la hierba bien extendida, de modo que no quede resquicio por arriba donde respire ó salga el humo

del fuego que inmediatamente se hace abajo, de manera que llene todo el hueco del horno, y así, á fuego lento, se tuesta la hierba.

Estando ya bien tostada, se apaga el fuego y se barre todo el lugar que ocupó, de modo que quede bien limpio el suelo, y allí se coloca la hierba bien tostada; luego se apalea ó se muele con un palo labrado, hecho en forma de un sable corvo.

Estando ya bien molida la hierba, se coloca en los *percheles*, donde se purifica, adquiriendo el olor suave que la distingue, ensacándose luego en zurroneles ó tercios que contienen regularmente ocho arrobas netas.

MARIANO A. MOLAS.

EL IRUPÉ

Entre las plantas que se producen en *Corrientes*, merece especial mención el irupé ó maíz de agua, por ser una de las más bellas de la *América Meridional*, parecida al nenúfar de Francia, pero de dimensiones gigantescas.

Figurémonos un espacio de un cuarto de legua de largo y de igual ancho, cubierto de hojas circulares y flotantes sobre la superficie de las aguas, del diámetro de uno ó dos metros, guardadas de un borde sobresaliente de dos pulgadas de alto, semejantes á un plato grande¹.

Estas hojas, lisas por arriba, se dividen interiormente en una multitud de casillas regulares, llenas de aire, que las mantiene sobre la superficie de las aguas.

En medio de esta alfombra flotante, formada por las hojas, brillan las flores de esta planta, consistentes, de más de un pie de diámetro, ya

¹ Por eso se llama *irupé* en lengua guaraní.

de color violeta, ya rosadas, ya blancas, exhalando todas un delicioso perfume.

Estas flores producen un fruto esférico, que en su madurez es del tamaño de la cabeza de un niño y se cubre de granos redondos muy harinosos.

D'ORBIGNY.

SANTA FE

FRAGMENTOS

Son las cuatro y media de la mañana, de una mañana serena, despejada y tibia.

La atmósfera está saturada del perfume de las plantas ribereñas, cuyas ramas colgantes y esbeltas se rozan con los tambores del vapor.

Se navega entre una planicie de islas, cortadas caprichosamente por un pequeño arroyo, que llaman el *Riacho*.

De pie sobre la cubierta, en el momento en que la indefinida claridad azulada que precede al Sol se acerca á su mayor intensidad, asistimos al bosquejo de un hermoso paisaje, que toma sucesivamente las formas definidas y perfectas de un gran cuadro.

El riacho se enrosca caprichosamente en las islas cubiertas de ceibas, sobre las cuales se balancean los racimos rojos de sus flores, y las flores de las audaces trepadoras que forman el manto del *ubajahy*, rey de la selva, salpicado de

perfumadas estrellas blancas, especie de jazmines del lugar.

Mientras el vapor lucha con las vueltas y se azota contra las barrancas en la del *Diablo*, la vista domina al Noroeste las torres salientes y las zonas blanquecinas que revelan la ciudad de *Santa Fe*.

Tenemos en este instante á la espalda el río *Colastiné*, que se echa en el *Paraná*, y cuando volvemos la mirada en el punto en que entramos al *Riacho*, á pocos kilómetros del primer río, se descubren, como una nube azulada, en el horizonte del Sudeste las altas barrancas terciarias de las barrancas de la ciudad, de la *Bajada del Paraná*, coronadas de edificios, sobre los cuales hiende los aires la aguja de *San Miguel*.

Las islas entre las cuales navegábamos forman una gran pradera cubierta de vegetación arborescente y poco elevada.

Contempladas de lo alto de los tambores del vapor, la vista se pierde sin encontrar su límite, pues constituyen un dédalo de islas que bajan de *Santa Fe* al sur hasta *Coronda* y tienen por límites orientales el río *Paraná*, y occidentales el riacho de *Coronda*, navegables generalmente por vapores de poco calado.

La claridad es completa. Las islas están pobladas de rumores y parece que los árboles y las zarzas se estremecen.

Las aves cantan tiernamente ó saltan del seno de los follajes tupidos y sombríos en que guardan sus nidos, en las ramas altas, anunciando su saludo con el leve zumbido de sus alas.

El Sol domina por completo nuestros horizontes, cuando á la derecha las islas se revuelven en una especie de mar interior: es la famosa laguna que rodea los arrabales del norte de *Santa Fe*, y se interna en un área considerable, bañando las barrancas, sobre las cuales la piedad cristiana ha erigido una capilla, distante legua y media de la ciudad, á la milagrosa Virgen que da nombre á las aguas y es patrona del lugar: *Nuestra Señora de Guadalupe*.

El riacho que nos conduce á la ciudad tiene de ordinario una profundidad de quince pies, y doble en épocas de grande avenida, durante las cuales las islas que hemos recorrido desaparecen bajo las aguas, y aun es dado navegar sobre ellas, por entre las copas, apenas perceptibles, de la arboleda.

El *Riacho* ofrecería una navegación cómoda para buques de alto bordo, principalmente de Enero á Marzo, que es también la época de la salida de los frutos sobrantes de las cosechas, si obstáculos fáciles de remover no obstruyeran su curso.

Durante la cosecha de 1878 á 1879, siete bu-

ques de ultramar remontaron el *Riacho* y entraron luego al río *Salado*, navegándolo dos leguas al norte de *Santa Fe*, donde la navegación ha sido cortada imprevisiblemente por un puente.

.....

Estamos en *Santa Fe*. Son las cinco de la mañana y nadie duerme: el puerto es un paseo matinal cuando llega el vapor, y hasta el gobernador de la provincia se mezcla al tumulto de los que esperan la colocación de la *planchada* para pasar á bordo.

Nos recibe una atmósfera balsámica, saturada del suave y voluptuoso aroma del azahar.

Santa Fe es la ciudad de los naranjos y de los limoneros.

Se respira con fruición, y cuando el viajero entra en las casas, en cuyos patios se respira un ambiente que se diría artificial, la atmósfera, dominada por el perfume de los azahares, de las diamelas y de los jazmines, piensa que ha llegado al trasunto del jardín de las Delicias.

Pero los encantos de estas mañanas serenas, tibias, arrobadoras, se funden y desaparecen luego bajo la acción de un sol canicular, para revivir á la tarde, cuando la luz se extingue y flotan sobre los huertos, sobre las aguas y entre las islas los rayos blanquecinos de la Luna, velando los encantos de las noches más suaves,

más perfumadas y voluptuosas que se pueden imaginar.

Esta ciudad se compone propiamente de dos cuerpos: *Santa Fe* colonial y *Santa Fe* moderna.

La ciudad primitiva, antigua, que se transforma lentamente, y la ciudad nueva, reciente, extranjera, iba á decir italiana.

La ciudad de los descendientes de los tenientes gobernadores, alcaldes y regidores, y la ciudad de los tenderos, carboneros, mercachifles y calafates, que festonea el puerto.

La ciudad de los templos, de los colegios religiosos, de las casas de gobierno y de policía, de las autoridades principales, jueces, fiscales, curiales, enredistas y enredados; y la ciudad del comercio, de los depósitos, de los hoteles, de los cafés, de la marina, de los cambistas, de los corredores, de la aduana y de los vapores.

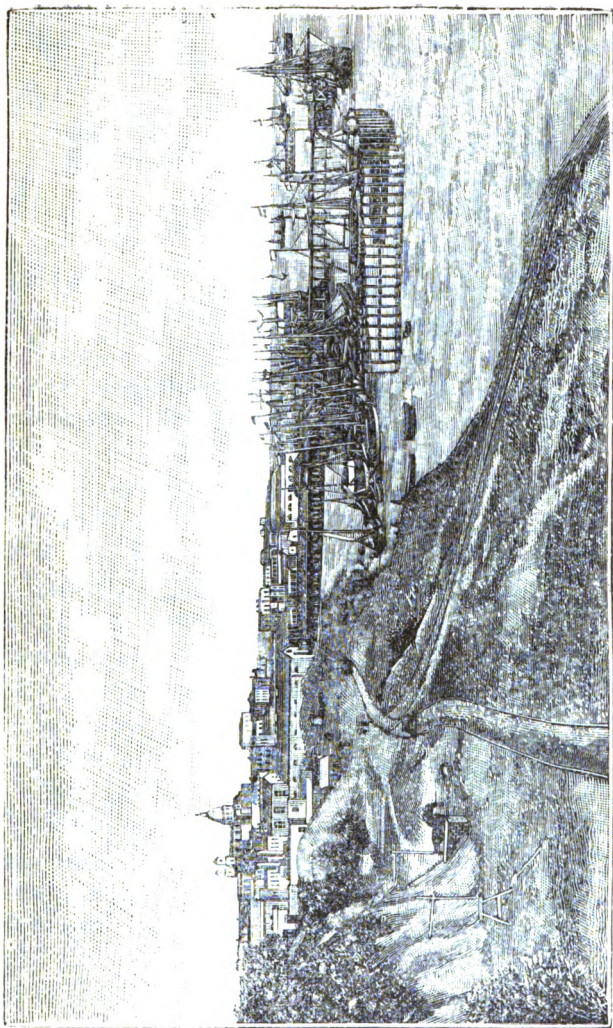
La ciudad de la aristocracia de raíz de conquistadores y de colonizadores españoles, del buen tono, de la cultura y de la elegancia, con una lengua que tira al castellano de la conquista, patriota como D. Estanislao López, religiosa como D. Juan de Garay, una como su tradición, altiva como su origen; y la ciudad nueva, heterogénea, factoría de aspecto norteamericano, producto de la fusión discrecional de todas las razas y todos los elementos, que habla mal todas las lenguas, sin hábitos definidos, indiferente en

religión, ajena al amaneramiento y la etiqueta, liberal en sus costumbres, patriota á la moderna, comerciante como medio y progresista como resultado: la colonia del siglo XVIII y la colonia del siglo XIX, soldadas en la línea del medio de una calle transversal.

Nada hay en *Santa Fe* que llame la atención por la belleza del arte, la prodigalidad edil ó el empeño municipal.

Conventos derruidos y sombríos, donde las comunidades arrastran una vida pobre y lánguida, colegios jesuíticos hechos á fragmentos, ostentando en sus paredes remiendos de toda clase de materiales acumulados á través de todos los tiempos; calles desaliñadas, festoneadas de pasto y malos andenes; ausencia completa de acción municipal y falta de sistemas arquitectónicos en toda la edificación: tal es el aspecto de la ciudad.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.



Rosario de Santa Fe

LA REGIÓN DEL TRIGO

En *Santa Fe* se apoya la zona principal colonizada, que caracteriza propiamente la *región del trigo*.

En el departamento de la capital florecen, efectivamente, las principales colonias de la República, formando dos agrupaciones.

Las deslinda el río *Salado*, que después de describir un arco á través del *Chaco*, con la flecha al Sudeste, baja directamente de Norte á Sur desde los 36° de latitud austral y desagua en el *Riacho de Santa Fe*.

Extiéndese al oeste de aquel río, y hasta las aguas del *Paraná*, un territorio surcado por numerosas corrientes bienhechoras, con terrenos de primera calidad y buenas vías de comunicación fluvial.

Los ríos y arroyos de esta comarca corren festoneados de bosques colosales, donde la colonización encuentra elementos superabundantes para la construcción y para toda actividad agrícola.

No obstante la bondad del clima, de los terrenos feraces y bosques exuberantes, esta región ha sido poblada con lentitud, por los peligros y desgracias que solía ocasionar la proximidad de los indios, día á día más reducidos y alejados del teatro de aquella civilización progresista.

La risueña comarca situada al este del *Salado* es el asiento de notables establecimientos coloniales, como *San José*, *Santa Rosa*, *Cayastá*, *Cayastacito*, *Emilia*, *Helvecia*, *López*, *Cullen*, *Francesa*, *San Justo*, *San Javier*, *Abipones*, *California*, *Galense*, *Reconquista*, *Eloísa*, *Brunetti*, *Indígena*, *Avellaneda*, *Alejandra*, *Espín*, *Román* y otras de reciente instalación.

La colonización fácil y lucrativa de esta comarca es un problema completamente resuelto; y la seguridad de que ahora goza, así como la proximidad á los puertos de los ríos *San Javier* y *Paraná*, asegura la pronta salida de sus abundantes cosechas.

El *San Javier* es un brazo del *Paraná* que baja de Norte á Sur, desde los 30° de latitud Sur, hasta unirse con el río *Colastiné*, frente á la ciudad de *Santa Fe*, poniéndola así en comunicación fácil y bellísima con las colonias ribereñas del Norte.

Navegable en todo su curso, los vapores lo cruzan constantemente, enredando sus palos entre las zarzas perfumadas y colgantes de las

islas, y pasan á veces sus tambores y cubiertas bajo el rumoroso ramaje de los sauces llorones y de las ceibas en flor.

Débese al beneficio de esta comunicación fluvial, segura, fácil y pintoresca, la prosperidad de la región colonizada al este del *Salado*, sobre los ríos *San Javier* y *Paraná*.

La colonia *Helvecia*, fundada en 1865, situada á los 31° de latitud Sur, con puerto de planchada sobre el río *San Javier*, es, sin duda, la capital del distrito colonizado que me ocupa, con más de 2.500 habitantes y una civilización que irradia sobre las colonias vecinas.

La población de las colonias de esta zona es de 12.000 almas, que cultivan diez mil cuabras de tierra.

Es ésta la zona más importante de la colonización santafecina, del punto de vista del número de sus habitantes y cantidad de tierra que se labra; pero es también de advertir que en esta región no es solamente provechoso el cultivo del humus.

La selva con sus inmensas y preciosas maderas de construcción y las pampas con sus pastos exuberantes, han dado que hacer á los colonos, con eficaces provechos, en los ramos de la explotación del bosque y del pastoreo.

Hace diez años esta comarca era constantemente perseguida y ensangrentada por los indios.

El peligro ha desaparecido ya y solamente quedan como resabios, entre el vulgo, los temores de nuevas irrupciones de los bárbaros.

Los indios mismos de estas regiones han servido de base á la colonización, y debe citarse, en honor de ellos y de los misioneros que los han dirigido, la colonia *Santa Rosa*, ó antigua reducción de indios Calchines.

Ellos han dejado un importante centro de población, rico y adelantado.

Resuelta por el Gobierno de la Nación la cuestión indios del *Chaco*, como lo ha sido ya en los territorios del Sur, la colonización del norte de *Santa Fe* ocupará con cultivos inmensos los campos hoy desiertos ó poblados de estancias.

Entonces surgirá una nueva región colonial, situada entre la que acabo de describir y la del Sur.

Su teatro será toda la cuenca del rio *Salado*, donde se ofrecen desde las tierras más gordas hasta las selvas más valiosas.

Tengo para mí que las colonias establecidas á lo largo del *Salado*, serán de un porvenir extraordinario, como lo exhiben ya los ensayos hechos.

Y esta colonización se realizará en breve, con pasos seguros, á medida que nuestros regimientos arrojen más lejos ó sometan al indio montaraz.

El *Salado* será la arteria destinada á la vinculación vigorosa y rica de esta comarca, porque aquel río es navegable y su navegación será un hecho cuando la población ribereña venga en auxilio de los navegantes.

Las grandes y, podemos decirlo, las viejas colonias están situadas al oeste del *Salado*, desde sus barrancas sobre el territorio mismo de la *Pampa*.

El emplazamiento de esta sorprendente colonización, la primera lograda en la República, se extiende al oeste de la cuenca del *Paraná*, arrancando desde el río *Coronda* y desde el *Salado*, como se ha dicho.

Á lo largo de estos dos ríos bajan del Norte angostas fajas de selvas, siguiendo el curso mismo de las aguas, y propagándose en sus contornos.

Al oeste de estos pequeños montes, hijos de las selvas del *Gran Chaco*, de donde las corrientes arrebatan las semillas, el territorio se abre con la uniformidad inmensa y monótona de la *Pampa*, para extenderse sin accidentes en los llanos hasta *Córdoba*, al Norte hasta el *Chaco*, abrigando de trecho en trecho islas de árboles cerca de alguna corriente de agua, extinguida ó intermitente, y al Sur hasta confundirse con las pampas mismas de *Buenos Aires*.

Sobre estas llanuras, cubiertas de pasto fuerte,

con pequeños bosques á la margen del *Paraná*, á veces arenosas, escasamente recorridas por aguas superficiales, con lagunas de agua dulce, que se secan enjugadas por terrenos áridos, con grandes hoyas de agua salada, más duraderas y surtidas por fuentes propias, han levantado los colonizadores el gran monumento de la civilización agrícola argentina.

Es aquí donde el viajero puede recorrer sorprendido cuarenta leguas de Norte á Sur y cincuenta de Este á Oeste, por entre calles de plantaciones de cereales festoneados de zanjas, álamos y sauces, deteniéndose á cada paso en las confortables moradas de los colonos, que se suceden cada quinientos metros, y distraído por los grandes establecimientos industriales, donde se prepara ó complementa la elaboración del suelo.

He aquí la región populosa llamada de las *Colonias*, que he recorrido dos veces con embeleso y con patriótico enterneamiento: en el invierno, cuando los rastrojos representaban el aspecto sombrío de un país quemado que revive; en el verano, cuando relampagueaban los trigos con espigas de oro.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

LAS COLONIAS

De la estancia de Candiotti enmendamos el rumbo al Norte para salir á la *Esperanza*.

Pocos kilómetros habíamos andado y ya la calle se estrechaba entre plantaciones inmensas, y á la tarde entrábamos, no ya á la colonia, sino al pueblo, al plantel de una gran ciudad, á la *Esperanza*, capital mercantil de estas comarcas, que absorbe ya una parte de la vitalidad económica de *Santa Fe* misma.

Verdad es que la *Esperanza* es la colonia madre, iniciada en 1853 por el benemérito Castellanos, al cual debe la posteridad el bronce dedicado á los buenos, por haber iniciado de pensamiento y de obra los dos hechos que han transformado fundamentalmente la fisonomía moral, política y económica de la República: el *ferrocarril á través del desierto y la colonización europea*.

Fundada la colonia en el territorio sometido á

la lucha entre los indios y la cristiandad, á pesar de los nobles esfuerzos del coronel Rodríguez, jefe de la frontera, los colonos desfallecían y se arruinaban en medio de epidemias y de plagas aunadas á la guerra.

Algunos años más tarde, reorganizada con éxito, regresaron muchos dispersos, y en momentos en que yo visitaba la *Esperanza*, era juez de paz uno de aquéllos, el suizo Aufrán, dueño de ochenta mil pesos bolivianos, que en los tiempos aciagos de la fundación, perdidas sus cosechas, había trabajado zanjás á diez centavos la vara.

La prosperidad de los colonos se acentuó en este medio y la *Esperanza* se ha transformado en un pueblo rico, relativamente lujoso, con grandes molinos, destilerías, numerosas fábricas de cerveza y licores, fundiciones mecánicas y un comercio activísimo, que desvía de *Santa Fe* todo el movimiento de la campaña, sembrado del Nordeste al Sudoeste.

Hay allí, además, establecimientos públicos dignos de notarse, como los hoteles, el tiro suizo, el edificio propio de la sociedad italiana *Unione e Benevolenza* y construcciones especiales para escuelas, juzgados de paz, templo, jefatura política, etc.

Más que todos los sorprendentes progresos materiales, me llamó la atención el buen régi-

men social, fundado en la intimidad y comunidad del vecindario.

Hay en la *Esperanza* colonos tan ricos como *Deuner* y millonarios como *Lehmann*, que han sido de los primeros y más pobres colonos de la *Esperanza*.

Lehmann ha hecho una fortuna colosal como simple labrador; y hoy ha planteado una gran destilería que cuesta cien mil pesos y es el fundador de nuevas colonias.

Se debe á su profundo conocimiento de la colonización y á sus excepcionales aptitudes la fundación de más de doce colonias y la prosperidad de ésta y de diez más fundadas por ótros.

El espíritu público palpita en la *Esperanza*, como un sintoma claro de organización asentada y se traduce en las sociedades musicales, de tiro, de socorros mutuos y de caridad.

Todo acusa en la *Esperanza* vida propia industrial, mercantil y política; y si el viajero es, como yo, argentino de buena ley, se encanta en el sentimiento patriótico, en el noble y justo amor á nuestra tierra de que hacen orgullosa ostentación los colonos.

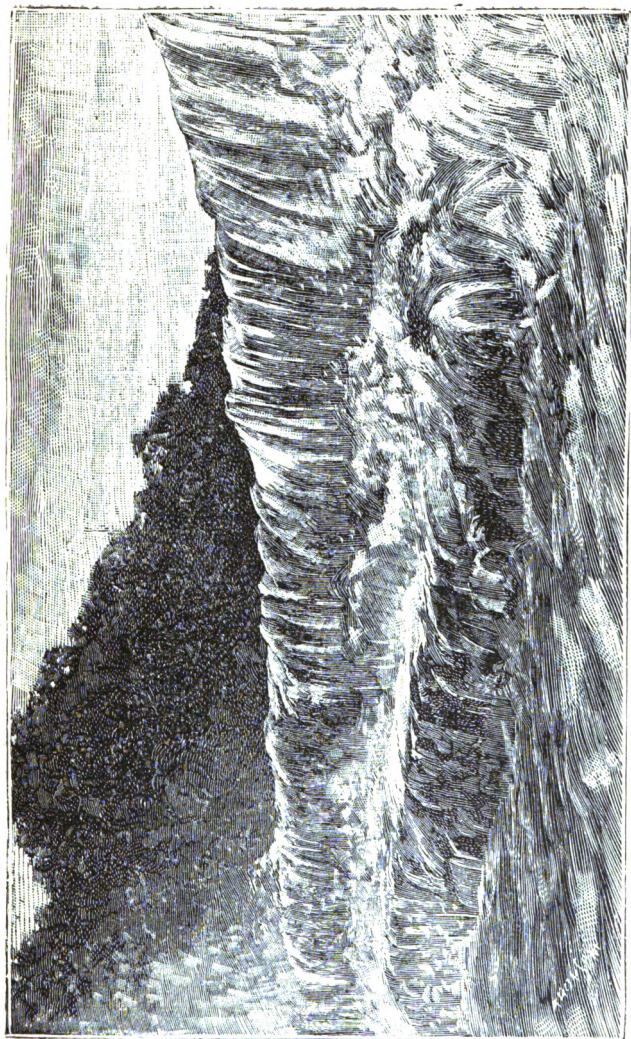
Aufrán, el juez de paz, me presentaba engreído sus dos hijos, robustos mocetones de diez y ocho y veinte años, y el mayor elogio que les dirigió para recomendármelos fué éste:

—Son argentinos, señor, y han formado con

las armas en la mano cuando el Gobierno los ha precisado.

Y, en efecto, en un conflicto reciente, la *Esperanza* había movilizado dos batallones de seiscientos mozos y apuestos hijos de los viejos colonos.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.



El segundo salto grande del Piquiry-Guazú

EL SEGUNDO SALTO GRANDE

DEL PIQUIRY-GUAZÚ

El *Piquiry-Guazú* es un río caudaloso que nace en una de las mesetas más elevadas de *Misiones*, que forma la división de aguas de las corrientes rápidas que, saltando entre peñascos, van en multitud de direcciones á desembocar en los ríos *Uruguay* é *Iguazú*.

Los orígenes del *Piquiry-Guazú* enraman con el *San Antonio Guazú* de *Oyárride*, el *Chopin* y el *Irati*, y corriendo al Oeste va aumentando rápidamente su caudal de agua y exabrupto bifurca al Sur, y después de tragarse algunas leguas, desemboca por ancha fauce al río *Uruguay*.

Desde que se inicia su navegación, ya se distingue á primera vista el plano por donde corre: es una gradería continuada, cuyos escalones los forman los rápidos, las correnteras y los saltos, y para darse una idea de la magnitud de las dificultades de la navegación en canoa, es ne-

cesario considerar que hay que pasar trescientos ocho rápidos y correnteras, veinticuatro saltos chicos y cinco grandes, que todas son cascadas dignas de admiración; de estas últimas, la menor tendrá quince metros de alto y la mayor de treinta y ocho á cuarenta.

Todo este hermoso país se contempla con admiración en una extensión de cuatrocientos veintitantos kilómetros aproximadamente, que tendrá el curso del caudaloso río que corre serpenteando entre elevadas cumbres pobladas de majestuosos pinares y espesos bosques.

El segundo salto es uno de los más bellos; es imponente el espectáculo que presenta aquella inmensa mole de agua, que viene rápida y serena, transformándose de pronto en una vorágine, que cae en toda su anchura, sobre una muralla de peñascos cortados á pico, que mide una altura de veinte metros, desgarrándose en una tempestad de espuma, rugiendo, retumbando, como si fuera á abrirse la tierra, con ruidos espantosos que alcanzan á una gran distancia, sembrando el pavor de lo desconocido, demostrando al mismo tiempo una tal fuerza sus aguas, que hacen añicos al más corpulento tronco que arrastran al precipicio erizado de peñascos, por cuyos intersticios corre en fragmentos espumosos el terrible torrente.

FORTÚN DE VERA.

BOSQUEJO DE SANTA CRUZ

Situación. — Límites. — División. — Clima. — Superficie. — Habitantes. — Industria. — Comercio. — Ríos, lagos y bahías. — Valles y bosques. — Mineralogía. — Zoología. — Exploración proyectada. — Aspecto general del país.

Esta gobernación, una de las más vastas é importantes de la Patagonia, está situada entre los 46° y 50° de latitud meridional y los 68° y 72° de longitud Oeste de Greenwich, siendo respectivamente sus límites: el territorio de Chubut al Norte, las tierras magallánicas de Chile al Sur, el océano Atlántico al Este, y la cordillera de los Andes al Oeste.

Su superficie no baja de 8.000 leguas cuadradas y cuenta con unas 300 millas de costa marítima, alta, amogotada y sinuosa, que posee extensas playas, puertos de fácil recalada, y excelente tenedero—como el de Santa Cruz—y espléndida bahía donde suben las mareas hasta 50 pies, como Deseado, San Julián y Gallegos, en cuyas aguas encuentran los bajeles el anhelado refugio.

En general, el aspecto del país es atrayente, recordando ciertas comarcas del norte de Europa.

Por doquier se ven colinas y pequeñas montañas, altiplanicies que semejan las pampas de Buenos Aires, hondonadas profundas como los *cañones* de Norte América.

Densos bosques de oscuro follaje, achaparrados matorrales y vegas matizadas de escogidos pastos, forman el complemento del suelo de Santa Cruz, que por otra parte se halla regado por numerosos ríos, arroyos y torrentes, que tienen su origen en los Andes, á cuyos pies extienden sus azuladas ondas una serie de lagos profundos, parecidos á los de Suiza, pero más bellos quizá, reunidos entre sí por estrechos canales abiertos en los nevados flancos de las montañas.

El clima territorial es salubre; los fríos suelen ser intensos, pero esto no obsta para que los animales vivan y se desarrollen pródigamente á la intemperie.

Las lluvias son poco frecuentes, pero basta el agua producida por el deshielo de la nieve, y el fuerte rocío de la noche, para conservar constantemente una espléndida vegetación herbácea, que á manera de verde alfombra se extiende sobre el *humus* de los valles ó despliega sus galas en las ásperas laderas de los cerros.

Multitud de guanacos, liebres, zorros de hermosas pieles, avestruces y hasta indómitos caballos salvajes, contribuyen á aumentar el interés que ofrece al observador de esa parte de la Patagonia, que muy pronto perderá el pavoroso misterio que rodea á todo país desierto, agreste y desconocido, en el que el hombre civilizado echa los cimientos de su hogar é introduce animales y plantas exóticas.

Los minerales utilizables son abundantes en Santa Cruz.

En los aluviones del Cabo de las Vírgenes abunda el oro, el hierro y el platino. En las vertientes andinas se encuentran ricos yacimientos carboníferos, bancos de sal marina, cristales de yeso, piedras areniscas para construcciones y muchas otras sustancias de aplicación industrial.

Todos los ríos del territorio corren con rumbo general al Este, nacen en la cordillera de los Andes y desembocan en el océano Atlántico.

El más importante es el *Santa Cruz*, al que siguen el *Chico*, el *Gallego* y el *Deseado*.

El primero, como dice Darwin en su *Viaje de un naturalista*, es un noble río, que se mueve casi imperceptiblemente en la plena mar.

El río Chico, menos caudaloso y vadeable en muchos sitios de su tortuoso curso, ofrece un valle fertilísimo, que no tardará en poblarse de ganados

El Gallegos, pequeña corriente durante casi todo el año, tiene sus grandes crecimientos en Setiembre y Octubre, época en que rebalsan sus aguas fecundantes.

Hay también buen número de lagos y de lagunas, siendo digno de mención, entre los primeros, el *Argentino*, que da origen al río Santa Cruz; el *Viedma*, de mayor magnitud, unido á aquél por un estrecho y hondo canal limitado por amuralladas y basálticas alturas; el *San Martín*, el *Misterioso* y el *Buenos Aires*, todos situados al norte del primero, que es la cabecera meridional de la enorme napa lacustre patagónica, cuyo reconocimiento pienso llevar á cabo durante la próxima primavera, á fin de inquirir si realmente existe la comunicación que se supone entre todos los mencionados lagos.

Las lagunas más importantes se encuentran por lo común cerca de la costa oceánica; siendo muy interesante la gran laguna salada de *San Julián*, cuya superficie es algo mayor de veinte millones de metros cuadrados.

En las orillas de esta hoya, que puede considerarse como la más grande de las *salinas* que existen en Patagonia, se puede recoger muchos miles de toneladas de excelente sal marina, cristalizada en hermosos cubos.

El territorio descrito forma la gobernación de

Santa Cruz, dividida administrativamente en cuatro departamentos que, de Norte á Sur, son los siguientes: San Julián, Río Chico, Santa Cruz y Gallegos.

El más importante es este último, comprendido entre el río Coy-Inlet y el Cabo de las Virgenes. Su población llega á quinientos habitantes, sin incluir en este número los indios tehuelches, que hacen vida nómada.

La crianza de ovejas y el lavadero de arenas auríferas constituyen el principal medio de vida de los primeros.

En el puerto del mismo nombre tiene su asiento la capital del territorio, donde ya existen algunos regulares edificios públicos y particulares. Actualmente está en construcción una casa para escuela y una iglesia.

Los demás departamentos poseen en conjunto una población de 1.500 habitantes, más ó menos, dedicados en parte á la industria ganadera, mientras que otros se ocupan en la caza de guanacos y avestruces, cuyas preciosas pieles y plumas dan origen á un importante y lucrativo comercio con Punta Arenas, Buenos Aires y Montevideo.

Los indios hacen su negocio de intercambio con estos últimos artículos, explotando así su habilidad para la caza de los animales.

Hasta hace poco tiempo la ganadería apenas si

había sido ensayada en este territorio; pero debido á la locación de los campos de Gallegos, al ínfimo precio de 20 pesos al año por legua de 2.500 hectáreas, han afluído allí numerosos criadores ingleses y de otras nacionalidades, con lo cual se han poblado valles y vegas de millares de ovejas, vacas y caballos, que se multiplican rápidamente con gran provecho para sus propietarios.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el territorio argentino de Santa Cruz, considerado hasta hace muy poco un desierto inhabitable.

Por su espléndida situación geográfica, por la salubridad de su clima, por la variedad de sus producciones y por la fertilidad de sus campos, puede augurarse á esta región un porvenir de grandeza.

Si hay quien lo dude, que reflexione por un solo momento en el rápido y asombroso progreso por que marcha la República.

RAMÓN LISTA.

EL PILCOMAYO

Tres son las regiones que comprende en su curso el río *Pilcomayo*: la de sus fuentes, situadas en la parte montañosa del territorio de *Bolivia*; la de la travesía por los llanos del Gran Chaco, y la de sus desagües en las costas bajas que terminan en el río *Paraguay*.

Prescindiendo de los afluentes secundarios que forman el alto *Pilcomayo*, propiamente dicho, en la región montañosa, la vena que lleva este nombre tiene ramificación en los *Andes* orientales, comprendidos en las serranías de *López*, *Chichas* y *Poopó*.

Éste se reúne con el *Cachimayo* (á los 19° 20' de latitud austral y 67° 15' oeste del meridiano de París), río que nace á poca distancia de *Chusquisaca* ó *Sucre*, en los valles de *Yamparaez*, *Yurubamba* y *Quilá-quilá*.

Al unirse las dos cordilleras, el nuevo y poderoso canal que forman, toma el nombre de *Chicha-Pilcomayo*, siendo susceptible de prestarse á la navegación de buques, chatas á vapor, por lo

menos en la época de las crecientes periódicas, esto es, durante seis meses del año.

La idea de la navegación, en esta parte del río, ha sido conceptuada como una ilusión quimérica.

Todavía hay pesimistas que ignoran que bastan tres cuartas de agua para sustentar el más fecundo intercambio, y que un buque chato movido por algunas libras de vapor, puede redimir de la opresión de muchas toneladas de carga á millares de sumisas acémilas.

La navegación de los más secundarios ríos interiores de los *Estados Unidos* y *Francia* ha demostrado que el progreso moderno camina á gran prisa por las acequias donde ótros no encuentran bastante agua para lavarse las manos.

Me alienta la esperanza de que los impulsos del progreso han de conducir al ligero cúter á las costas de la capital de *Bolivia*, para solaz de los turistas y provecho de los mercaderes y traficantes.

Después de atravesar el seno de fecundos valles, en una extensión aproximada de sesenta leguas, el *Chicha-Pilcomayo* reúne sus aguas al *Pilaya*, que circunvala el departamento de *Taraja*, resbalando sobre arenas de oro, que muchos las ponderan, todos las apetecen y pocos las buscan.

Desde este punto la declinación del suelo es

menos violenta; el *Pilcomayo* recorre un plano inclinado poco sensible hasta salvar el salto de *Guarapetendi*, pequeña prominencia levantada en medio del río á guisa de mojón divisorio entre los estrechos pliegues de las montañas y las extensas sabanas del *Chaco*.

Al penetrar en la región de los llanos, el curso del río toma un carácter menos accidentado y fluye sin obstáculos hasta descender á la planicie más baja de la llanura, en la cual sus aguas se dilatan en las crecientes, formando varios arroyos que desaparecen en la época de la bajante.

Dos son los principales canales que dan curso á sus aguas en esta región; el brazo normal y más importante, en vez de seguir hacia el SE. (que es el rumbo general de la corriente), se dirige al Norte, y después de formar un ángulo muy agudo, vuelve á tomar la dirección indicada.

El otro brazo, de menor importancia (y que, según algunos, se une al anterior después de un divorcio de veinticinco leguas), sirve de desagüe en las crecientes, siendo generalmente abandonado por las aguas después de aquéllas.

El ángulo del brazo principal es demasiado agudo para que las aguas de las grandes avenidas puedan de una manera brusca salvar inflexiones tan violentas sin desbordarse en todas

direcciones hasta chocar en los sólidos bordes del gran lecho del río que las contiene, y formar así los bañados y lagunas que existen en este punto, los cuales, y *no el río*, se secan en los fuertes veranos.

Conviene advertir que, según opinión uniforme de cuantos conocen el curso del río *Pilcomayo*, desde el salto de *Guarapetendi* hasta este punto, el río es susceptible de navegación; en el lugar de los derrames, y en una extensión de veinte varas, la profundidad sólo alcanza en la época de las sequías á tres cuartas, no bajando de tres pies en lo restante del trayecto.

Salvada la pequeña zona de los derrames, las aguas siguen un curso regular y uniforme hasta el punto en que se separa en dos brazos; esta separación está marcada por un rápido llamado el Salto del P. Patiño, por ser el punto donde se detuvo la embarcación mayor de las que formaban el convoy de la expedición que realizó este misionero.

El brazo superior, que lleva los nombres de *Pilcomayo Itica* ó *Araguay-guazú* (*Grande Araguay*), después de seguir un curso sumamente tortuoso, al aproximarse á la región mesopotámica ó de las costas, desemboca en el río *Paraguay*, frente al cerro de *Lambaré*, á dos millas de la *Asunción*.

El brazo inferior ó *Araguay-mini* (*Araguay-*

chico), de idénticas condiciones al anterior, aunque de menor caudal de agua, se inclina más al Sur, y desemboca frente á la *Angostura*, á nueve leguas de la capital citada.

De este modo, los dos brazos, al desembocar en el *Paraguag*, forman un triángulo cuya base es de nueve leguas, y cuya altura se calcula en setenta hasta el vértice.

Este triángulo ha sido llamado *Isla del P. Patino*, en memoria del primer explorador que remontó el *Pilcomayo*.

SANTIAGO VACA GUZMÁN.

EL BERMEJO

Nace el *Bermejo* en *Bolivia*, teniendo origen en dos puntos distantes entre sí.

Es, como el *Pilcomayo*, humilde y pobre en su cuna, torrencioso como aquél en su curso superior, pues corta sistemas orográficos, altos de 4.500 metros y desemboca, hecho ya un río de importancia, en la meseta de *Orán*.

Cincuenta kilómetros al Sur de esta situación, ya en pleno *Chaco*, en el lugar llamado *la Peña*, límite norte de las sierras de *Santa Bárbara*, recibe el tributo del caudaloso *San Francisco*, que viene originariamente de *las Abras*, en la extremidad norte de la quebrada de *Humauaca*, recogiendo á su paso los caudales occidentales de la *Puna*.

Así, el *San Francisco* derrama en el *Bermejo*, que debe este nombre á la coloración rojiza de sus aguas, en las crecientes sobre todo, toda la masa líquida de su sistema que monopoliza las aguas de la quebrada citada y sus ramificaciones, las de los valles de *Jujuy*, *Lerma* y *Perico* y las de

las arterias orientales de la serranía de *Calilegua*.

Desde la confluencia citada (meseta de Orán), el *Bermejo* continúa su marcha en la plenitud del desarrollo.

En el *pozo de la Oreja*, algunas leguas más arriba de la hoy colonia *Rivadavia*, se divide en dos brazos; el oriental se denomina *Teuco*¹, el occidental conserva el nombre primitivo: *Bermejo*. Forman así una gran isla elíptica hasta que, á la altura de *Presidencia Roca*, termina el divorcio de ambos brazos; prosiguiendo el río su marcha hasta su desembocadura en el *Paraguay*, frente á la isla *Monterita*, á corta distancia del *Timbó*, hoy floreciente *Puerto Bermejo*, después de un curso de 2.000 kilómetros

La navegación del *Bermejo* hasta su confluencia con el *Teuco* es un hecho que no ofrece dudas.

Desde la confluencia en el *Paraguay* hasta la del *Teuco*, el río ofrece sondajes variables, pero suficientes para asegurar la navegación del río, previos los trabajos de limpieza del lecho y de canalización de algunas partes para destruir dificultades naturales en una arteria como aquella, entregada al proceso genial de los fenómenos, sin obstáculos artificiales.

J. AMADEO BALDRICH.

¹ Arroyo ó río que lleva agua, en matakó.

LAS SIERRAS DE CÓRDOBA

El sistema cordobés, propiamente dicho, forma la parte más oriental del orden central de la República.

Este se compone de una serie de alturas ligeramente inclinadas hacia el Este.

Por sus pendientes orientales este sistema se confunde con la Pampa, que principia á sus pies, por una altura media de cuatrocientos metros en *Córdoba* mismo, y sigue todo el largo del meridiano de esta ciudad, desde *Río Cuarto* á la extremidad sur, hasta *Sumampa*, sobre una línea de 5° de latitud.

Estas montañas están pobladas de árboles, de trecho en trecho, y atravesadas, al sur de los 31°, por muchos arroyos que, utilizados por el cultivo, no llegan sino muy reducidos á la llanura y se pierden bien pronto.

La aldea de *Achiras*, por donde pasa el gran camino que conduce á *Chile*, se halla hacia la extremidad meridional de la cadena principal,

que acaba más lejos por grandes llanos ondulados, cubiertos de excelentes pastos.

En el Norte, bajo un clima más seco, los terrenos descienden á un nivel poco superior al del mar, pues están á trescientas leguas; forman, á pesar de esto, ondulaciones profundas sembradas de grandes rocas de *gneis* y de *micachistes*, cubiertas de una arena granítica que no impide que se desarrolle una vegetación arborizante bastante robusta.

Esta parte norte del sistema cordobés, que pertenece á la provincia de *Santiago del Estero* y se compone de las dos vertientes de *Ambagasta* y de *Sumampa*, sufre casi siempre de sequías.

No hay arroyos, sino algunas lagunas temporarias, estanques artificiales llamados *represas*, que construyen los habitantes y las fuentes naturales al pie de las dos vertientes.

El terreno medianamente accidentado de esta región está cubierto de arbustos achaparrados, en medio de los cuales pueden, sin embargo, criarse ganados.

Estos terrenos empiezan á adquirir importancia á 1° al sur del *Saladillo*.

Hacia la aldea del *Chañar*, provincia de *Córdoba*, la roca es más superficial, la capa de terreno vegetal es más espesa y las gramíneas abundan.

Numerosos valles cruzan la cadena en todos

sentidos, pues las pendientes son siempre muy suaves y toda especie de rodados las suben y bajan con facilidad.

Cerca del punto culminante de la sierra ó antes de su arista principal, corre de Norte á Sur una ondulación que se ensancha de más en más, y alcanza su máximum de extensión en la pampa de *San Luis*, en las cumbres de las *Achalas*, y en las de *San Javier* y de *Lutes*, que son su continuación.

Estas alturas, muy rocallosas, de una elevación variable entre 1.800 y 2.300 metros, encierran, sin embargo, buenos pastos, y á pesar del rigor del clima, alimentan numerosos rebaños.

Una porción de arroyos nacen de allí, y sus aguas reunidas forman los cuatro ríos designados por su orden numérico, de los cuales sólo el *Tercero* llega al *Paraná*.

Poco más cerca, bajo la latitud de *Córdoba*, la larga y ancha arista principal que hemos descrito, está precedida de otra zona formada por el eslabón oriental, el cual circunscribe el primer valle por donde pasa el río que riega esta ciudad.

Este eslabón se extiende en elevación hacia el Norte, en donde forma, quince leguas más abajo, las cumbres de la cal, cimas de más de 1.500 metros de elevación, detrás de las cuales, al Oeste, se encuentra la altura de la *Punilla*.

Detrás de la zona principal de todo el macizo, la de las *Achales*, de *San Javier*, de *Lutes*, etc., se presenta una segunda altura más baja, pero muy notable por su composición geológica, los volcanes apagados y las venas metalúrgicas que contiene.

Este terreno comienza al Sur por la sierra de *Chaquín-chuná*, que se destaca oblicuamente del macizo de *San Javier* y se dirige al Noroeste, formando una especie de semicírculo que abraza los departamentos de *Pocho*, de la *Cruz del Eje*, y una parte de la *Punilla*.

Esta sierra forma el borde exterior y se extiende hacia el Norte por los eslabones de *Guazá-Pampa* y de la *Cerezucla*, que descienden hacia el llano de *La Rioja*, mientras que la extremidad de *Chaquín-chuná* está casi á pico y no puede descender sino por quebradas extremadamente malas.

El terreno de *Pocho*, comprendido entre esta sierra, la gran arista de las *Achales* y la línea de conos volcánicos de la *Yerba-Buena*, del *Agua del Tala* y de la *Ciénaga*, está á una altura media de mil cien metros: el de la *Punilla* no tiene más de ochocientos de elevación y una inclinación bastante rápida hacia el Norte; en su parte superior presenta un relieve muy quebrado.

La línea de los antiguos volcanes, que se dirige del Oeste al Este, cuenta cuatro, especialmente

los tres que ya hemos citado, de los cuales el más occidental que hemos trepado es el *Yerba Buena*, que mide mil setecientos cuarenta y cinco metros de altura absoluta.

Éste, como traquítico, está formado en el borde occidental del terreno, y la pendiente hacia el llano de *La Rioja* es extremadamente rápida.

El cerro del *Agua de Tula* es menos escarpado; el de la *Ciénaga* forma un cono perfecto.

Se producen algunas veces en los alrededores de estos volcanes muy ligeros sacudimientos de tierra, y se oyen, dicen, de tiempo en tiempo, detonaciones subterráneas; pero no se recuerda que ellos hayan arrojado jamás ni llamas ni humo y ninguno de ellos tiene cráter aparente.

Sin embargo, la piedra pómez y, sobre todo, los traquites abundan en las inmediaciones; esta última roca forma vetas pedruscas, que se extienden á los alrededores en diferentes sentidos; se encuentran también á dos leguas del pico principal.

El terreno de la *Punilla*, exclusivamente formado de gneis, de micachistes y de granitos muy feldespáticos, continúa hacia el Norte y se confunde con los terrenos más bajos de *Ischilín* y de *Quilino*.

Las aguas escasamente abundantes que vienen de la vertiente occidental de la principal, atra-

vicsan estos dos terrenos inferiores para ir á perderse en el llano de *La Rioja*.

Las venas metálicas encierran plomo argéntifero en abundancia, encontrándose también al Norte y muy cerca á los conos volcánicos de *Pocho*, diseminados en los pequeños eslabones del *Guayco* y de la *Higuera*.

Este distrito mineral puede tener de quince á diez y seis leguas de superficie.

Los minerales de cobre se encuentran en el eslabón más oriental, á la orilla misma de la *Pampa*, entre los ríos *Segundo* y *Tercero*.

Es también á este eslabón oriental al que pertenecen los grandes depósitos del calizo sacaroide tan notable que produce la sierra de *Córdoba*.

Estos depósitos no le son exclusivos, porque se encuentran en un gran número de puntos de todo el macizo.

Colocada bajo un bello clima, con una altura poco considerable, la sierra de *Córdoba* tiene una hermosa vegetación: está cultivada y poblada por todas partes.

MARTÍN DE MOUSSY.

CÓRDOBA

FRAGMENTOS

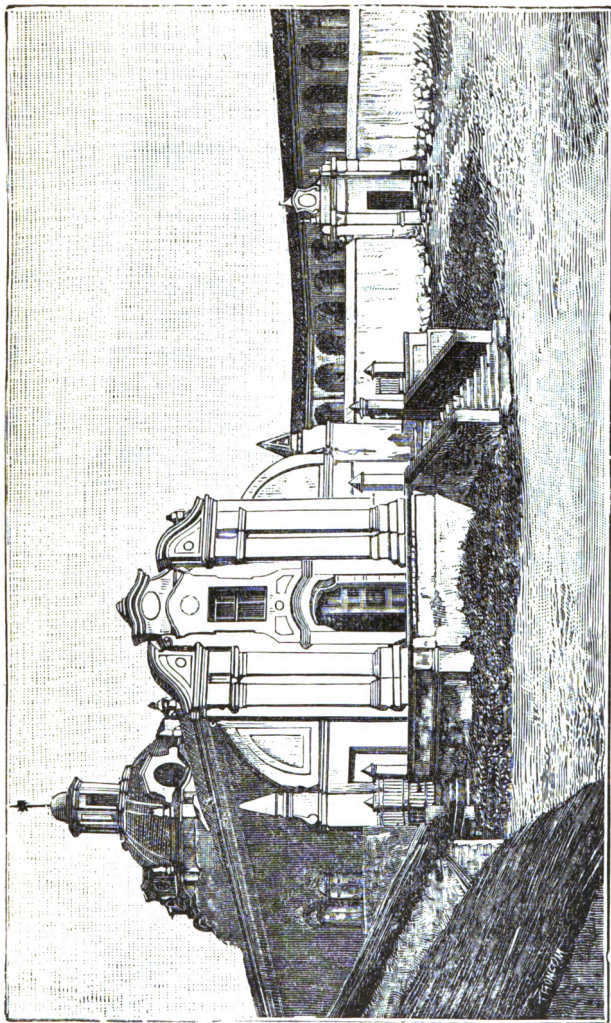
Estábamos sobre la ciudad y no la veíamos. Edificada sobre una hondonada, se la descubre de golpe después de ascender una rampa natural.

Es muy agradable la primera impresión que produce la variedad de formas de las torres, y el número de cúpulas agrupadas á la derecha del pasajero.

Se comprende á una simple mirada la importancia de aquella población, por la abundancia de grandes y hermosos edificios públicos que ostenta en sus arenosas calles.

El aspecto grave de sus monumentos y la solidez de las construcciones, imprimen á *Córdoba* cierto carácter de majestad que habla al corazón del viajero de una pasada grandeza, de un antiguo esplendor, de una tradición, de algo que debe tener su novela y su historia.

.....
Córdoba está edificada en una hondonada cu-



Iglesia de los jesuitas en Córdoba

bierta de arena, á la cual debe achacarse el fuerte calor que reina en el estío.

Delineada como todas las ciudades coloniales, presenta el aspecto de un gran damero, en el cual descuellan, como piezas de un ajedrez proporcionado, las torres y miradores de los edificios públicos.

El más notable de todos ellos es la catedral, que revela el sello que los árabes imprimieron en las artes españolas.

Trabajada en piedra, sus torres están cubiertas de esculturas y calados hechos á punta de cincel. Se advierte cierta desproporción entre las naves laterales, un poco estrechas, y su amplia y magnífica nave central.

En el fondo de ésta se levanta el altar mayor y su magnífico tabernáculo de plata.

No puede visitarse *Córdoba* sin saludar dos establecimientos que justamente forman el orgullo de los cordobeses.

El colegio de Montserrat, célebre en los anales argentinos, y la Universidad, fundada por el Sr. Trejo en 1666.

El primero de estos dos edificios, construido por los jesuitas, está ocupado actualmente por el Colegio Nacional.

El establecimiento consta de dos departamentos, cruzados por tubos acústicos que se comunican con las oficinas de la dirección.

Tiene algunas habitaciones construidas con el propósito de hacer imposibles las conversaciones á media voz.

La palabra se escucha claramente desde el centro de ellas, aun cuando sea pronunciada en las extremidades.

La universidad, que es el más renombrado de los edificios cordobeses, está formada por dos departamentos de doble piso.

En el lujoso salón de grados se encuentran los retratos de algunos hombres notables.

La biblioteca, fundada en 1818 por el doctor don Manuel Antonio Castro, está formada, en su mayor parte, por autores antiguos de ciencias políticas y morales.

Existe una sala de dibujo natural, dotada de modelos de estatuas romanas.

Los gabinetes de física y química no son de grande importancia.

Aún se enseña á los visitantes, en el patio principal de la Universidad, un intersticio que comunicaba con el primer piso de los claustros y por el cual pasaban los estudiantes revoltosos para ir á buscar refugio en la vecina iglesia de la Compañía¹.

El paseo de Córdoba, que ocupa una manzana, tiene en su centro un lago artificial.

¹ Hace algunos años que el Sr. Estrada escribía estas líneas, desde entonces, se han hecho en la Universidad grandes reformas y su material científico ha sido notablemente aumentado.—*N. del C.*

Cuatro aceras, resguardadas por una doble fila de árboles corpulentos, le forman marco.

En medio del lago hay un gran quiosco, en el que se coloca la música, que atrae la concurrencia en los días festivos.

En las noches de luna se recorre en bote aquel lago, navegado por blancos cisnes.

Cuatro arcos situados en los ángulos del paseo, franquean la entrada á los visitantes.

La mano de la gratitud ha escrito en ellos los nombres de algunos buenos servidores de la provincia.

La educación popular preocupa la atención del Gobierno y de la prensa, empeñados en difundir sus beneficios.

El único teatro que existe en *Córdoba* es de poca importancia, á pesar de que el arte tiene numerosos admiradores en esa capital.

Más de seis publicaciones diarias y periódicas, número excesivo tratándose de una ciudad mediterránea, revelan su amor por la lectura.

Córdoba cuenta con muchos establecimientos comerciales de lujo, entre los cuales descuellan los cafés y hoteles.

Todo lo que en *Córdoba* estudié y vi me hizo comprender que esta ciudad no era, como se me había hecho creer, una ciudad muerta.

Córdoba esperaba dormida la hora de despertar, como la aguardan hoy, sentadas á la som-

bra de la muerte, algunas de sus hermanas.

Abiertas las puertas del interior por el Gran Central Argentino, ella es lo que está llamada á ser, lo que de sus tradiciones debe esperarse en orden al progreso moral y material, el segundo pueblo de la República¹.

SANTIAGO ESTRADA.

¹ Han pasado pocos años desde la fecha en que el Sr. Estrada escribió su bello estudio, y los hechos le han dado la razón. La industria y el comercio cordobés han progresado enormemente, siendo en Córdoba donde hacen sus compras y se surten de lo necesario casi todos los negociantes del Norte y Oeste de la República. En la actualidad tiene Córdoba tres teatros, una academia de ciencias, un observatorio astronómico, un Instituto meteorológico, dos bibliotecas populares, dos escuelas normales, dos hospitales y muchos otros establecimientos de que carecía cuando el Sr. Estrada la visitó.

COSQUÍN¹

El pueblecito de *Cosquín* queda en la vertiente oriental del mismo valle, en las sierras de *Córdoba*, á dos pasos de las que por esa parte limitan el valle; y digo dos pasos, pues sólo lo divide de ellas el cauce del río, el cual, á su vez, corre allí un buen trecho sin desarrimarse de la falda de la monlaña sino lo indispensable para dar espacio á sus caprichosos culebreos.

En sí, el pueblo no presenta particularidad digna de mención, como no sean sus calles homoyosas, poco nutridas de caserío y sin veredas las más; su plaza, sesgada por dos senderos mal desnudos de *yuyos*, y el tosco edificio, con techo de cinc, á que rumbosamente apellidan templo.

Y eso que Cosquin ha prosperado algo estos últimos años, desde que el ferrocarril vino á des-

¹ *Cosquín*, en el departamento de *Punilla*, situado á la derecha del río de su mismo nombre, es notable por la suavidad de su clima, y á dicha población acuden las personas de temperamento delicado, para recobrar su salud, consiguiéndolo casi siempre.

embarazarlo de los estorbos que dificultaban su acceso, pues había que trasmontar en carruaje la sierra, por caminos ora tortuosos, ora enhiestos, peligrosos siempre.

Mas si en su interior el pueblo es de tan mezquina apariencia, en cambio ¡cuánto gana contemplado desde cualquiera de las eminencias que lo encajonan!

Regresando por el camino que conduce á la «juntura de los ríos», en su último recodo, repentinamente tropieza con él la vista, con sus habitaciones, no ya como antes desparramadas, sino merced á la distancia apiñadas pintorescamente, remedando las blancas tiendas de un ejército allí acampado; desprendida una que otra del grupo, á medio trepar de los barrancos, cual si se hubiesen detenido, arrepentidas de lo temerario de la ascensión.

Desde el mencionado recodo, el pueblo aparece estrechado entre el río y la vía del tren; á la derecha, llana ésta y recta como doble cinta de acero; á la izquierda aquél, con sus vueltas y revueltas de culebra, sus remansos y sus cascadas; y así ambos, hasta desaparecer á lo lejos, internándose juntos por un atajo de la sierra.

Las cuales sierras se columbran circundando el valle, á modo de graderías de dilatadisimo anfiteatro, ya próximas al pueblo por el lado oriental, conforme lo tengo dicho, ya divisándose ape-

nas por el Oeste, pero por todas partes estorbando la línea del horizonte.

Esta última circunstancia, al pronto, no disgusta á los recién llegados de *Buenos Aires*, por romper la monótona uniformidad de paisaje á que la campaña porteña nos tiene acostumbrados.

Sólo que, pasados los primeros días, saciada la novedad, damos en buscar, ansiosos, horizonte donde explayar las miradas: y al tropezar por doquiera con aquella barrera de montes que restringen la perspectiva, experimentamos algo así como la penosa impresión que, sin duda, deben producir las paredes de un calabozo; calabozo cuya extensión, si se quiere, no se mide por varas, sino por leguas, pero donde no por esto nos sentimos moralmente menos ahogados y como aislados del resto del mundo.

Á esta prisión se ingresa, viniendo de *Córdoba*, por una hoz honda y sinuosa, especie de enorme grieta con que un rayo descomunal parece haber rajado hasta el fondo, y de falda á falda, el vientre de la montaña.

Arriba del firmamento divísase, como faja luminosa, el breve espacio á que queda reducido á la vista por las colosales paredes del boquerón, empinadas y breñosas; en la hondura, por áspero cauce que cuesta abajo se retuerce entre pedruscos y matorrales, atropéllanse alborota-

das las aguas del río é impetuosas, cual si les tardara salir al llano, donde pueden deslizarse á la luz del Sol, perezosas y mansas.

Siguiendo las sinuosidades de esta hoz, y sobre angosta vereda incrustada en el talud de la derecha, está tendida la doble linea de rieles.

Conforme sea la profundidad del barranco, por no perder el nivel, serpentea la vereda á aquélla á mayor ó menor distancia de las cumbres, tan pronto casi tocando éstas, como internándose en la hondonada, á pocas varas sobre el río.

De suerte que á trechos se pierde la cresta de la montaña á inconmensurable altura, sustentada por escarpado parapeto, tan pegado al tren que parece á punto de aplastar con su peso los dobles vagones.

Á veces, por el contrario, se ve allá abajo, á vertiginosa distancia, correr tumultuoso el río, induciendo la estrechez de la senda á recelar que el tren se despeñe, rodando por las laderas de aquel abismo que, para la vista aterrada, parece no tener fondo.

GERVASIO MARQUES.

CUADROS DE LA MONTAÑA

UNA EXCURSIÓN Á LA SIERRA DE VELASCO

Buscando reposo, después de rudas fatigas, de ésas que rinden el cuerpo y envenenan el alma, quise visitar las montañas de mi tierra natal, ya para renovar impresiones apenas esbozadas en un libro, ya para refrescar mi espíritu en presencia de los parajes donde transcurrió mi primera edad.

Los recuerdos de la infancia y la poesía de las regiones de portentosa belleza, donde un tiempo se alzó el hogar de mis mayores, eran la fuente de los consuelos que yo anhelaba en medio de esas luchas que sólo la historia describe y analiza, y en las cuales cada uno derrama, cuando no la sangre de sus venas, esa otra sangre invisible que filtra en el corazón, de heridas más hondas y dolorosas, abiertas por las injusticias de los hombres, los desencantos del patriotismo inexperto y las infidencias de las amistades prematuras.

Por esto, y para rendir este tributo al pueblo en que he nacido, pidiendo á la literatura patria un rincón humilde para estas páginas en que quiero reflejar su naturaleza y sus sencillas costumbres, emprendí con algunos amigos, en Marzo de 1890, un viaje al interior de la *Sierra de Velasco*.

Ésta anuncia ya con sus picos atrevidos, donde las nubes bajan á formar diademas, á la gran cordillera de los *Andes*.

Son estas montañas inagotables á la observación.

Cuando se ha creído conocerlas, nos sorprende el morador de sus valles con la relación de un monumento histórico ó de la Naturaleza, del hombre culto ó del indígena extinguido.

Sus huellas están frescas todavía en el suelo y en las costumbres, en la habitación y en la fortaleza, en los usos y en los festivales de sus descendientes.

Rastros de los ejércitos de la conquista; restos de la tosca vivienda del misionero, á quien no arredraron las flechas ni los desiertos; muestras indestructibles del esfuerzo civilizador en la construcción del granito: todo esto se ve diariamente con la indiferencia estoica de otra raza que no la nuestra, en el camino tortuoso que abre paso hacia las comarcas donde se pone el Sol.

Enormes masas de piedra, cuya altura aumenta á medida que se avanza, lo flanquean por ambos lados, y así, por largo espacio, parece aquella hendedura la selva que, poblada de tan raras bestias, extravió al poeta de *El Infierno*.

Allí la noche tiene lenguaje y tinieblas extraordinarias.

El viajero marcha inconsciente sobre la mula, por entre bosques de árboles gigantescos y casi desnudos, que al aproximarse en la oscuridad, se asemejan á espectros alineados que esperasen al caminante para detenerlo con sus manos espinosas.

Se siente á su aproximación ese frío que inmoviliza y espeluzna, cuando con la imaginación excitada por el terror de lo desconocido nos figuramos vagar entre los muertos.

¡Y qué soledad tan llena de ruidos extraños!

¡Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la altura en la profunda noche!

El torrente que salta entre las piedras, los gajos que chocan entre sí, las hojas que silban, los millares de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje peculiar, el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas, las pisadas que resuenan á lo lejos, el estrépito de los derrumbaderos, los relinchos que el eco repite de cumbre en cumbre, los gritos

del arriero que guía la piara entre las sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera que interrumpe á cada instante el golpe seco de su guardamonte de cuero, y ese indescriptible, indescifrable, solemne gemido del viento en las regiones superiores, semejante á la nota de un órgano que hubiera quedado resonando bajo la bóveda de un templo abandonado: todo eso se escucha en medio de esas montañas, es su lenguaje, es la manifestación de su alma henchida de poesía y grandeza.

Esos músicos de la montaña, como artistas novicios, se ocultan para entonar sus cantos.

La luz les oprime, les coarta, como si vieran un auditorio severo en los demás objetos que pueblan la selva; porque en las noches de luna, cuya claridad ilumina los huecos más recónditos, la escena cambia como movida por un maestro maravilloso.

Los acordes estruendosos, los crescendos colosales, los rugidos aterradores que surgen del fondo de las tinieblas, se convierten en la melodía dulcísima y suave, casi somnoliente, como si todos los seres que allí viven tuvieran miedo de turbar la serena marcha de esa sonámbula del espacio que, desplegando blancos tules, cruza sobre las montañas, las llanuras y los mares.

Alzando los ojos á las cimas, pueden distinguirse sobre el fondo límpido del cielo los con-

tornos caprichosos de las rocas, que ya figuran torreones ó cúpulas ciclópeas, ya grupos de estatuas levantadas sobre tamaños pedestales.

La imaginación se puebla de imágenes sonrientes; suaviza las curvas del dorso granítico, da formas humanas á los rudos contornos de la piedra; ve deslizarse por las laderas, iluminadas como la tela de un cuadro, fantasmas de mujeres luminosas que pasan deshojando coronas de flores silvestres, y aplicase el oído para percibir el canto melancólico perdido en las alturas; el torrente resplandece al quebrarse entre los peñascos, y los juegos de luz dejan ver las blandas ondulaciones de formas femeninas, como de mármoles diáfanos y animados, y aparecen y se desvanecen como visiones entre las grietas y los arbustos.

Risas cadenciosas surgen de aquellos baños fantásticos, gritos infantiles arrancados por el contacto de una hoja con la carne tersa y transparente de las vírgenes que juegan entre las espumas.

Hemos gozado los dos espectáculos de la sombra y de la luz, y la transición vale por sí misma la más sublime de las sensaciones.

La caravana que al caer la tarde se internó bulliciosa en la garganta del monte, quedó sumida en profundo silencio cuando la noche veló los accidentes del camino; y entonces, alineados

de uno en uno, caminábamos por entre la selva que desde aquella noche llamo la selva oscura.

Luego, á medida que la luna va asomando sobre el horizonte, se ilumina de pronto la más alta de las sierras, y forma con las inferiores, aún sumidas en la oscuridad, el más notable de los contrastes, que ningún pincel podría trasladar al lienzo.

Los abismos que costean la calzada dejan ver poco á poco sus senos profundos, hasta que la luz plena del cenit muestra muy abajo de nuestros pies, deslizándose en curvas indefinibles, el torrente que socava sin reposo la base del granito.

Marchamos largas horas por aquella quebrada estrecha, de vueltas interminables, en medio de las emociones más variadas, desde el temor supersticioso hasta la suave sensación de un sueño paradisiaco; y de súbito vimos abrirse ante nuestros ojos un ancho valle casi circular, donde tienen acceso todas las vertientes de las serranías que lo circundan.

El cielo se muestra en toda su plenitud y esplendor, y como salidos de una galería subterránea, aspiramos con avidez el aire pleno, paseamos con loca libertad la mirada y nos lanzamos al galope, como escapados de una cárcel.

Es el valle donde los calchaquies tuvieron su

fuerte avanzado sobre la llanura, el *Pucará*, que corona un pico casi aislado en medio de la planicie y situado de manera tan estratégica como pudiera imaginarlo el más experto de los guerreros.

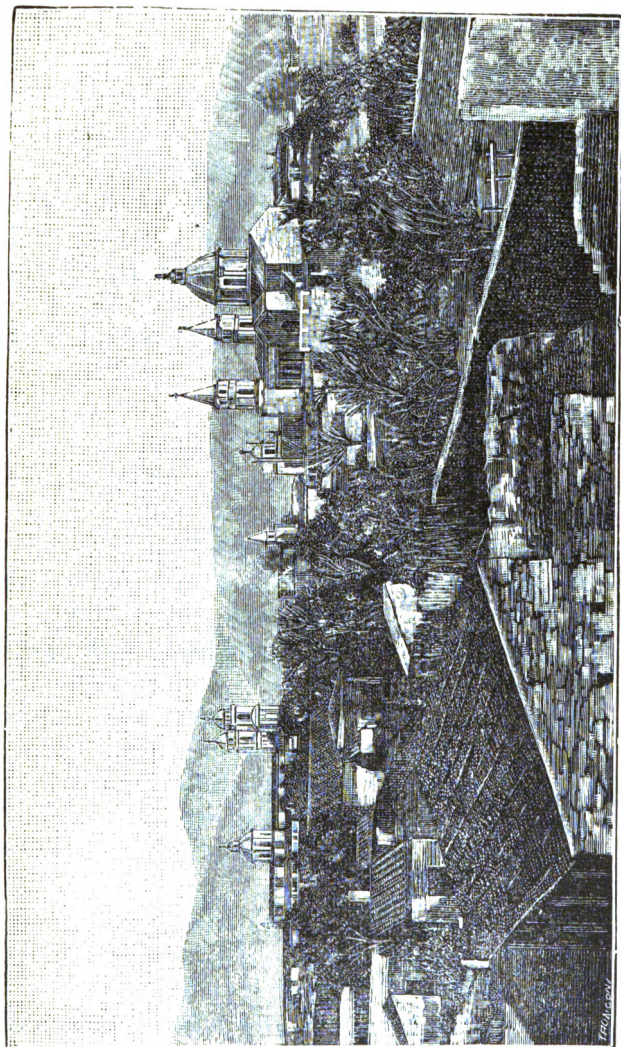
Sobre aquella atalaya que domina los cuatro vientos, divisando á distancias inconmensurables, he meditado tristemente sobre los destinos de las razas, sobre la evolución del espíritu humano tras de su porvenir desconocido, y he visto desplegarse, á través de sombras dolorosas, la bandera de mi patria en muy lejanas regiones.....

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

TUCUMÁN

No en balde se le llama *Edén de América*, jardín de la República.

Y es así: sus altas montañas, sus dilatadas llanuras, sus numerosas corrientes de agua, dan á toda la provincia—que de paso diremos es la más pequeña de la República—el aspecto más variado: aquí, inmensos picos nevados que, como gigantes, esconden la cabeza entre las nubes, las cuales se posan sobre ellos como acariciándolos; allá, extendidas pampas, cuyos horizontes se confunden con el cielo, ostentan orgullosas y verdes campiñas plantadas de caña de azúcar, y, en fin, por todas partes, entre las rocas y los tupidos bosques de seculares árboles, serpentean arroyitos cristalinos, saltando entre los guijarros con una música argentina; los correntosos rios con sus aguas turbias de tierra vegetal, quebrándose con violencia en las altas barrancas, y las aguas tranquilas, silenciosas, reunidas como en lagunas de bordes coronados por inmensos sauces llorones, los que se doblan sobre la masa



Vista de Tucumán

líquida y transparente, como para mirarse en un espejo tan puro y limpio, como limpio y puro es el cielo que refleja.

Decía un turista inglés que no ha mucho tiempo viajaba por la provincia, en una carta dirigida á Louis Rosemberg, que jamás había visto territorio más pequeño que enseñara mayor número de manifestaciones naturales; que él resumía lo que no tienen veinte comarcas reunidas.

Tucumán ha tenido una doble fundación: primero, sobre el río *Monteros*, paraje mal situado y malsano, que fué abandonado muy pronto; y después, á orillas del *Salí*, río del pueblo, que es la ubicación actual.

Con el nombre del pueblo viejo se conocen los vestigios de la primera fundación.

Tucumán tiene actualmente una población de 40.000 almas y es, con relación á la extensión de la ciudad, la población más densa de la República.

Igual cosa se debe decir de la provincia que, como ya hemos dicho, es la más pequeña; tiene ocho habitantes por kilómetro cuadrado.

Buenos Aires sólo tiene tres en igual propor-

ción; *Mendoza* y *San Luís* apenas alcanzan á uno.

El grabado «Vista general de Tucumán», que acompaña á este artículo, no da sino una vaga idea del aspecto de la ciudad; sirve no obstante para reconocer que todas las casas tienen sus huertas de árboles frutales, entre los cuales predomina el naranjo.

Se observan también las torres y las cúpulas de las principales iglesias.

El movimiento de edificación de *Tucumán* es de data reciente.

Se conservan todavía edificios antiguos, de piedra y mezcla; pero á la par de ellos se ostentan modernas construcciones de propiedad particular, que por su lujo y elegancia podrían estar en la más espléndida calle de *Buenos Aires*.

Las calles, rectas y bien empedradas, son de anchura variable.

Las plazas son escasas, pero las pocas que hay son bonitas.

Todavía es nombrada la plaza de la Independencia; es aún superior la de Belgrano, notables ambas por los recuerdos históricos.

La primera fué teatro de sangrientas escenas; en el centro de ella permaneció tres días clavada en una piqueta la cabeza del mártir Avellaneda, el argentino que odió con más ardor á la tiranía y que arrancó de su pecho la proclama más ar-

diente; la otra, fué el escenario de la memorable batalla de 1812, que puso á raya á los españoles: fué tan grande y espléndido el triunfo y tanto el arrojo de los tucumanos, que el general Belgrano atribuyó la victoria á la intervención milagrosa de la Virgen de las Mercedes, á quien, en señal de agradecimiento, regaló su bastón de mando, que aún se conserva en la iglesia de este nombre.

Desde entonces, se llama «cuna de la libertad», que más tarde se completó con esta otra expresiva frase de «sepulcro de los tiranos».

Tucumán está destinada á ocupar un puesto culminante entre sus hermanas.

Tiene á manos llenas cuanto se puede desear para ser una provincia próspera y rica.

Poetas é historiadores deben visitar la tierra que mana leche y miel, para completar con la práctica las teorías aprendidas sobre los libros en el retiro del gabinete; aquéllos, á cantar á la naturaleza acariciados por la brisa suave y embriagados por el perfume de las flores; y éstos, para ver las reliquias sagradas que inspiran, alientan y hacen arder el corazón de patriotismo.

C. M. BLANCO.

LOS RÍOS NEGRO Y LIMAY

¿Cuál es el origen del río *Negro*? Esta pregunta es tanto más razonable cuanto que hay dudas de que el *Limay*, considerado como el curso superior de aquél, sea el más caudaloso, puesto que el piloto Villarino considera que el río principal es el que llamamos *Collón-curá*, y en nuestra época, el práctico señor Batilana, hombre entendido como baqueano, da algunos detalles respecto al *Collón-curá*, que acusan la importancia de éste.

Sin embargo, no podemos dudar que el río *Limay* ó de la *Encarnación* toma su origen en el gran lago de *Nahuel-Huapi*; y lo será sin duda para siempre, á no ser que prolijos y detenidos estudios que han de hacerse del *Collón-curá*, considerado al presente como uno de sus más poderosos afluentes, vengan á demostrar que el alto *Limay* no es el río principal.

El curso de este río se divide en tres partes principales: *Alto Limay* ó curso comprendido

entre el lago y el *Collón-curá* ó *Catapuliche*; *Limay* ó curso medio, comprendido entre el *Collón-curá* y el *Neuquén*; y *Río Negro*, propiamente así llamado, ó curso inferior, entre el *Neuquén* y el océano Atlántico, en el cual desemboca.

El curso superior ofrece, en la casi totalidad de su extensión, la mayor parte de los obstáculos propios á impedir la fácil navegación de un río, como sus numerosos rápidos, peñascos á flor de agua, canales estrechos y tortuosos en los cuales las corrientes adquieren velocidades extraordinarias, displayadas á bajos fondós; no juzgando necesario señalar como obstáculos serios, en esta parte del río, los bancos de pedregullo, más ó menos gruesos, que concurren también á que su canal navegable sea más estrecho.

Sale el alto *Limay*¹ por una estrecha boca ó pasaje del lago *Nahuel-Huapi*, con una corriente de SO. á NE., en un trayecto de diez millas geográficas en línea recta; luego cambia su dirección de S. á N., hasta llegar al paraje donde recibe las aguas del *Treful* por la margen izquierda; desde aquí tuerce nuevamente su curso, describiendo una curva prolongada hasta llegar al *Collón-curá*.

Además del río *Limaicito* y *Traful*, recibe el alto *Limay*, por ambas márgenes, el *Chacabuco* y otros muchos arroyuelos, más ó menos cauda-

¹ *Limay*-Loevú le llaman los indios. *Limay*, quiere decir peñascos, y *leorú*, río. Equivale, pues, á río peñascoso ó que corre entre peñascos.

losos, pero que en su mayor parte carecen de importancia, por el escaso caudal de aguas que suministran al río principal.

El *Gran rápido*, que es el mayor de los impedimentos ú obstáculos que entorpecen la navegación de este río, se encuentra entre la *Pampa Grande* y el *Trafal*; el peñón de *Villarino* muestra su mole granítica poco antes de llegar al *Collón-curá*.

Las islas son relativamente numerosas en el *Alto Limay*; pero carecen de importancia, siendo muy reducidas sus dimensiones; están generalmente cubiertas de arbustos y su vegetación arbórea es raquítica.

El *Limay*, ó curso medio del río Negro, puede subdividirse en varias secciones:

1.^a Desde el *Collón-curá* hasta el cerro de la *Aventura*.

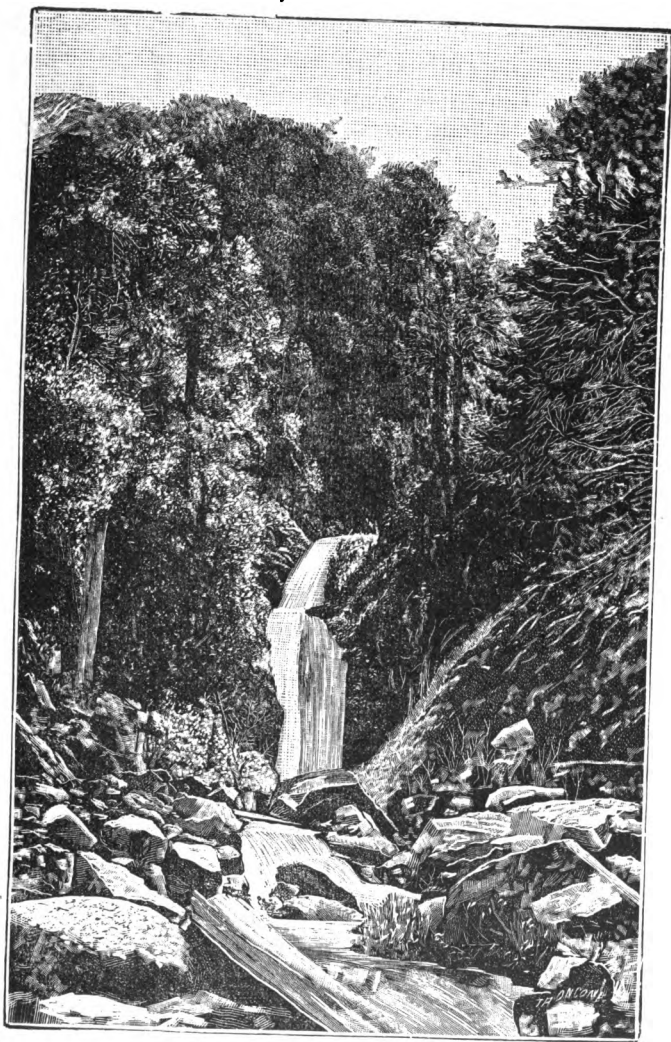
2.^a Desde el Cerro de la *Aventura* hasta la subida de la corta travesía de *Manzana Niyó*.

3.^a Desde este punto hasta el fortín Cabo Alarcón, frente á la subida de la travesía de *Tuiniyú*.

4.^a Desde el fortín Cabo Alarcón hasta Punta del Gigante.

5.^a Desde la Punta del Gigante hasta llegar al *Neuquén*.

Ya al llegar al Cerro de la *Aventura* el paisaje varía notablemente.



Gobernación del Neuquén — Cascada del Río Limay

Las serranías que limitan el valle por donde corre el *Limay*, en una y otra margen, no solamente son menos elevadas, sino que su composición ó, mejor dicho, su constitución, ya no es la misma en general de las que se encuentran en la primera sección del río.

Las islas son más numerosas y lo mismo los desplayados ó parajes de poco fondo: las sierras de la margen derecha siguen en un corto trayecto la costa del río, encontrándose en esta parte dos brazos peligrosos, por los peñascos sumergidos que tiene allí el lecho del río, y son conocidos con los nombres de *Paso de la balsa perdida* y del *Salitral*; en la misma margen, y tanto en la costa como á cierta altura de la sierra, se ven las piedras blancas de que habla Villarino en su diario el 8 de Marzo de 1783 y que nosotros vimos también por vez primera en 1881.

La parte inferior del curso de este gran río, que es la más conocida también, ofrece al mismo tiempo mayores facilidades para la navegación.

Puede esta parte subdividirse en tres secciones principales, aunque no igualmente proporcionales entre sí, bajo el punto de vista del trayecto ó distancia que á cada una de ellas daremos.

1.º Desde la punta de la *Cabeza del León* hasta la punta oriental de las islas de *Choele-choel*;

2.º Entre la punta oriental de las islas de *Choele-choel* y el *Carmen*; y

3.º Entre el *Carmen* y el océano *Atlántico*.

En la primera sección, el río *Negro* sigue una dirección casi constante del O. al ESE., hasta llegar á la punta occidental de las islas de *Choele-choel*, con algunas alteraciones en ese rumbo general de su curso, siendo éste muy tortuoso.

Corre por un valle, cuya mayor anchura es de dos y media á tres leguas geográficas, entre las serranías que á una y otra margen la forman, limitando la llanura.

Los pasos de poca agua y los displayados son muy numerosos.

El canal principal del río, aunque está sembrado de obstáculos, tales como displayados, bancos, troncos de árboles sumergidos, no ofrece sin embargo el peligro de choques contra peñascos á flor de agua, ni restingas que hagan imposible la navegación, en las épocas que el estado del río la permita.

Unas quince leguas antes de llegar á la punta occidental de *Choele-choel* ó *Pacheco*, está situado el fortín *Chimpay*, en un paraje pintoresco de la orilla del río.

Desde este punto el valle empieza á disminuir en su anchura, encontrándose el *Tercer Campamento*, ó pueblo de *Choele-choel*, en uno de los parajes más limitados de este trayecto.

No lejos de aquí se encuentra la entrada ó subida de la travesía al río *Colorado*; y siguiendo

la dirección del brazo ó canal del *Norte*, se llega al pintoresco valle de *Tregua-Tregua* y al muro de la bajada de la travesía del *Negro Muerto*.

El curso del río *Negro* es ya tortuoso entre *Villa General Roca* y la punta oriental de la isla de *Choele-choel*; pero lo es más especialmente en el brazo ó canal norte de estas islas.

Estas islas son numerosas y están cubiertas de sauces, así como también ambas orillas del río; todas ellas son anegadizas en las grandes avenidas que suelen ocurrir de tiempo en tiempo; y aun las verdaderas de *Choele-choel* no están exentas de estas contingencias.

Las islas de *Choele-choel* forman un grupo bastante importante de las islas é islotes, comprendidas entre los 65°25' y los 66°15' de longitud occidental poco más ó menos; pero las más importantes del grupo son las que llevan respectivamente los nombres de *Choele-choel* y *Pacheco*.

Ya en la segunda sección el valle sigue por la margen derecha, conservando una anchura casi uniforme hasta llegar al rincón de *Castro*, donde está situado el fortín del mismo nombre, para vigilar la subida ó bajada de la famosa travesía de *Balcheta* ó *Valcheta*.

A muy corta distancia del fortín, las serranías poco elevadas aquí, que limitan el valle del río *Negro*, tienen su base lamida por las aguas de

éste, constituyendo una travesía por tierra que termina próximamente á los 64°30' de longitud occidental.

Antes de llegar á *Segunda Angostura*, hay una agrupación de habitaciones; es la *Colonia General Conesa*.

Al dejar la sierra se abre ya entonces el valle bastante dilatado, que en variados accidentes llega hasta el *Carmen*.

La parte del curso del río *Negro* comprendida entre el *Carmen* y el Océano, es la que pueden remontar con facilidad los buques que tienen un calado de doce pies, cuando la marea sube; la influencia de ésta se hace sentir hasta *San Javier*, que se encuentra á 25 millas más arriba de la boca del río *Negro*.

SANTIAGO J. ALBARRACÍN.

EN LA CORDILLERA DE LOS ANDES

I

EL TUPUNGATO

Mientras se atan los caballos á los carruajes que han de conducirnos á las *Cuevas*, aprovechamos el tiempo para ir á contemplar una maravilla que desde muy cerca se divisa.

Á la derecha se abre un valle, el valle del *Tupungato*, y allá en el fondo ese gigante andino se eleva imponente con su cabeza blanca.

Como un titán altivo en sus 6.700 metros de elevación, el *Tupungato* lucha desde tiempo inmemorial con los elementos del cielo.

Impelidas por el frígido viento de las cumbres, las nubes, al tropezar en él, descárganle con rabia sus helados copos blancos entre el tórrido fulgor del rayo y el formidable estampido del trueno.

La nieve se acumula ante el escarnio de las

nubes, que, ya libres, suben, giran y danzan, rozando con sus albos tules la soberbia faz del coloso, que á despecho de ellas y desafiando al cielo, se yergue con severa majestad, sin agobiarse bajo su inmenso peso.

Pero el Sol, ese aliado de los grandes, á su vez indignado del ultraje, enviando desde su olímpica morada la cálida caricia de sus rayos, liberta al agua de su faz de hielo, que en tenues hilos por sus flancos baja.

Hilos que se engruesan en su marcha, jugando entre las grietas de las faldas, y se entrecruzan, se juntan, se confunden y se unen, transformando el murmullo del descenso con el rugir veloz de la carrera.

En su camino, como por misteriosa fuerza, ótros y ótros más se incorporan, se coronan de espumas, y como entonando un himno á su libertad, braman sonoros, mientras se precipitan entre las rocas y se abren paso con su terrible fuerza.

Así nacen los ríos; así nace el *Mendoza*.

II

LOS PENITENTES

El tiempo apura, los mayores nos invitan á instalarnos en los coches, dentro de los cuales, con una comodidad relativa, marcharemos los veintinueve kilómetros que nos separan de las *Cuevas*, subiremos insensiblemente unos 712 metros y podremos dormir con tranquilidad á la no común altura de 3.188 metros sobre el nivel del mar.

El camino no es malo, suficientemente ancho, y, en honor á la verdad, muy bien cuidado, sobre todo limpio de piedras, lo que exige un celo continuo, pues no son pocas las que se desprenden de las laderas y caen sobre él.

De manera, pues, que vamos rodando sobre un terreno liso, lo que nos ahorra la molestia de los barquinazos, y sobre todo los sobresaltos tan naturales con ellos, principalmente cuando el camino va costeanado precipicios.

Llevamos, además, otra seguridad: los caballos son veteranos del camino y no tienen que apurarse mucho, sobre todo cuesta arriba.

Pasamos por delante de Los Penitentes; llevamos ya trece kilómetros de marcha.

Al lento caminar del carruaje, podemos admirar, entre dos lomadas, ese inmenso bloque tan extrañamente trabajado por los meteoros, que presenta un curioso aspecto de ruina.

Mirado de golpe, semeja á un viejo monasterio derribado, y no es difícil que en noches de luna, el viajero retardado, y con el cerebro obsesionado por la leyenda, crea ver salir de entre sus grietas larga fila de tétricos monjes, con un cirio encendido en la mano, cantando salmos y seguidos por bandadas de fantásticos murciélagos y lechuzas, describiendo fúnebres círculos en el cielo y lanzando chillidos estridentes.

De día, en cambio, el cerro de Los Penitentes hace olvidar su sombrío nombre, y al contemplarlo, se puede observar, una vez más, una de las tantas y variadas formas de destrucción que posee omnipotente Naturaleza.

III

PUENTE DEL INCA

Cinco kilómetros más lejos y llegamos al famoso puente del *Inca*.

Sin apercibirnos, el carruaje rueda sobre él,



El puente del Inca.

y si el mayoral no nos lo indicara, nada parecería revelarlo.

El camino es tan sin solución de continuidad que su existencia desde arriba no se sospecha.

El carruaje se detiene más allá, frente al establecimiento balneario.

Hay que mudar caballos; los nuestros están fatigados á causa de estos diez y ocho kilómetros de interminable subida que acabamos de hacer.

Saltemos á tierra; hace frío, y sin correr, porque podríamos apunarnos, visitemos de cerca esta obra maravillosa de la Naturaleza.

Á un lado del puente hallamos un cómodo descenso cavado en la piedra, que conduce á la parte inferior.

Debajo de la bóveda del puente, el agua brota por todas partes; varios manantiales la proveen sin intermitencias, en unos lugares salada, en otros, calcárea y ferruginosa.

Si introducimos la mano en ella, la encontraremos caliente: un termómetro nos da una temperatura de 33° centígrados.

En uno de los estribos de este ruidoso puente, y excavadas en la roca, hallamos unas piletas donde uno puede bañarse cómodamente.

El *Puente del Inca* es obra del río de las *Cuevas*, uno de los principales afluentes del *Mendoza*, que corre debajo de él.

El río de las *Cuevas*, con el trabajo incesante de sus aguas turbulentas, consiguió poco á poco perforar el gran banco calcáreo que lo forma; y siguiendo su obra destructora, fué bajando paulatinamente de nivel, hasta correr, como lo hace hoy, á la distancia de veinte metros debajo de la superficie de este tan útil como grandioso puente.

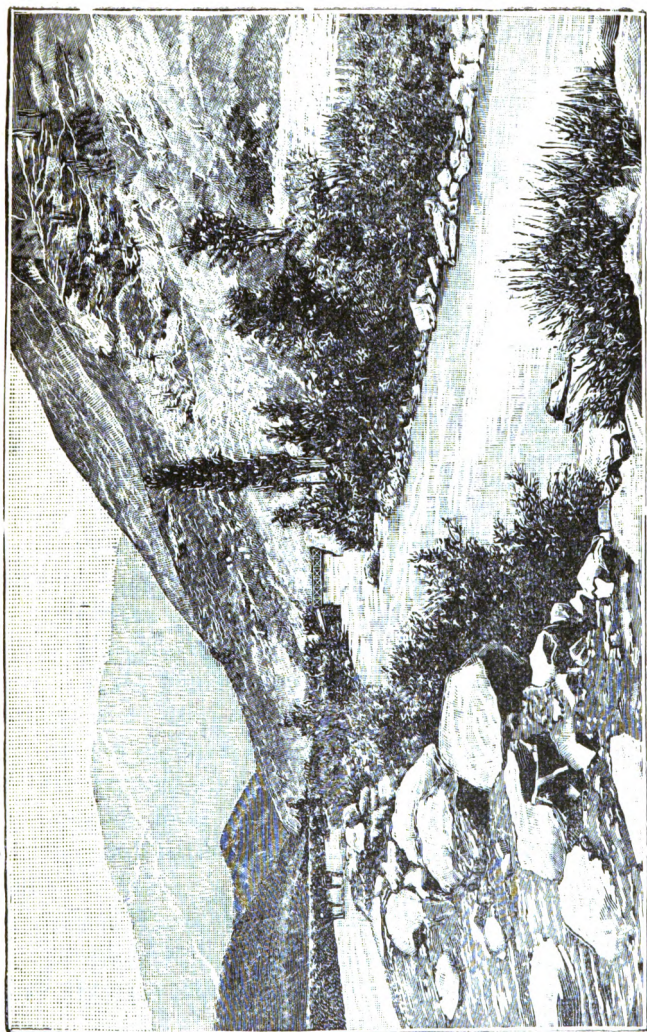
Verdaderamente hermoso es el *Puente del Inca* cuando se halla cubierto de nieve.

Entonces, la blanca capa de su parte superior contrasta con la inferior, llena de sombras, dentro de la cual el río de las *Cuevas* corre como una gran serpiente de plata.

En este gran puente, y el adjetivo no es exagerado, pues tiene 40 metros de largo por 30 de ancho, se observa un fenómeno interesante, y es la compensación de la obra destructora del río de las *Cuevas*, efectuada por la reparadora de las aguas que brotan de la masa del calcáreo.

Ellas se encargan de evitar la destrucción de tan interesante trabajo de la Naturaleza, y con las materias calcáreas que llevan disueltas, aumentan día á día el espesor del puente con infinidad de estalactitas y sedimentos que llenan las grietas de la masa.

Cualquier objeto, una pluma, un sombrero, un pájaro, una rama de árbol que se deposite entre los vericuetos de las rocas por donde pasa



Paisaje en el camino de Mendoza á los Andes

1
2
3
4

5
6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

el agua, no tarda mucho tiempo en cubrirse de una capa pétrea.

Hoy ha empezado á hacerse un pequeño comercio de estas curiosidades, que los viajeros compren, como recuerdo, cuando pasan por allí.

IV

EN LA CUMBRE

Á lo lejos, á 5 kilómetros, la alta cumbre se divisa, la deseada cumbre andina, término de nuestro viaje y á la que lentamente debemos trepar sobre las pacientes mulas, que cerca de nosotros comen tranquilas el pasto, transportado desde lejos.

Poco á poco, la gasa oscura de la noche va ocultando los picos y las crestas y apagando su blancura.

El helado cierzo redobra su fuerza y es menester refugiarnos en nuestro albergue, donde la alegre llama de la estufa, con sus inquietas lenguas de rubíes, irresistiblemente nos atrae gozosos.

Temprano es menester estar de pie: esa es la hora propicia para cruzar la cumbre.

Las mulas, ensilladas, nos esperan, y los equi-

pajes, cargados sobre sus sufridos lomos, se balancean bien equilibrados.

Los arrieros apuran los preparativos. Es un bello conjunto, abigarrado, lleno de vida y movimiento, en medio de ese ambiente frío y de indeciso color de la alborada.

A nuestro frente la cordillera muéstrase empinada, y trazado sobre ella el camino carretero aparece como un inmenso zig-zag cincelado en la montaña.

Arriba, un cielo brumoso envuelve la cresta, que á esa hora apenas se distingue.

Bien envueltos en nuestros ponchos y después de haber saboreado una taza de buen café caliente, montamos en nuestras mulas, que con paso tranquilo, unas tras otras, se dirigen hasta el próximo sendero precedidas por las guías.

El largo zig-zag parece interminable; vamos subiendo sin apurar las bestias, pues podrían apunarse.

Poco nos falta aún. Sobre esas rocas desnudas, la vista, libre ya, puede expandirse á todo rumbo.

Hacia arriba, un magnífico cuadro se presenta.

Es el gran valle de las *Cuevas*, cuyo interesante conjunto podemos abarcar.

Vistos desde arriba, los picos de las sierras que lo forman, cubiertos de nieve, adquieren tintas opalinas é iridiscencias de cristal.

Todo muestra el aspecto brillante y lustroso

que tanto contrasta con el albo color sin transparencia de la nieve recién caída sobre las laderas negras.

Y allá en el fondo, sobre el ancho cauce de las arenas secas, el río de las *Cuevas* se desliza como una pálida serpiente filiforme.

Hacia otros lados la vista tropieza asombrada con un atropellamiento confuso de cerros oscuros y negros, entrecortados por precipicios profundos y llenos de sombras.

Se diría un extenso mar de olas furiosas que se hubiera petrificado en el momento de su más álgido furor.

Sigamos subiendo en medio del balanceo violento de las mulas, acercándonos cada vez más á la cumbre, que vemos sobre nosotros enhiesta y empinada como una pared colosal.

La marcha hacia arriba se hace más lenta, el aire se rarifica y es prudente no agitarse.

Prácticos de estas ascensiones, nuestros animales van cortando camino, aprovechando angostos senderos, que sólo sus férreas patas pueden hollar.

Muy próximos estamos á la cumbre. Cuando á ella llegamos, nuestra planta se hallará á 4.000 metros sobre el nivel del mar.

El reino vegetal desaparece para dejar la gloria de las cimas á las rocas desnudas, cuyos ángulos desgasta el tiempo, carcomiendo su masa las

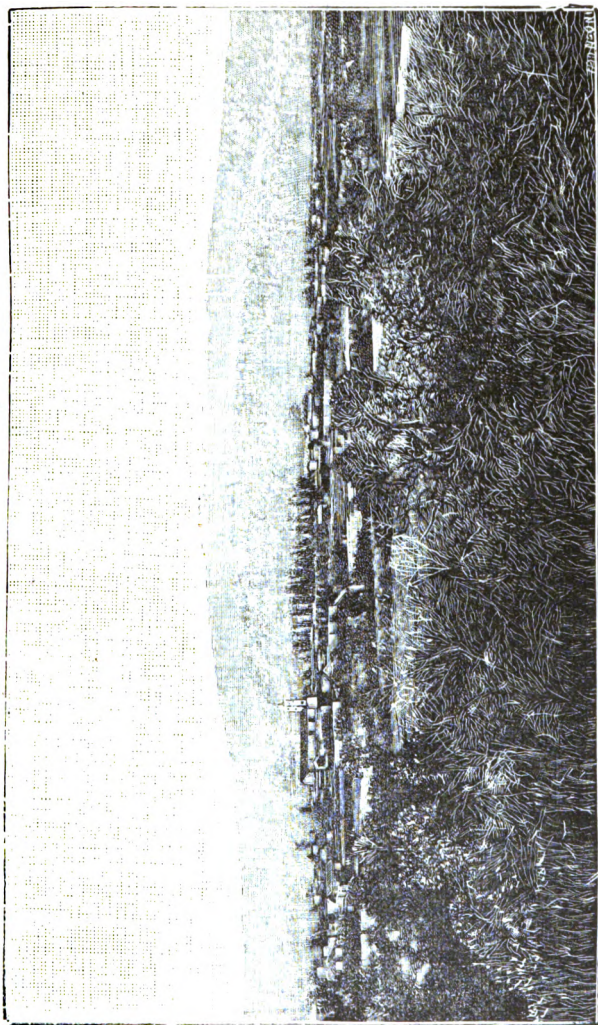
edades. Un paso más y cruzamos el límite de la patria.

Sobre esa cumbre desolada, sobre ese páramo barrido eternamente por el viento helado é impetuoso que os fustiga con los diminutos cristales de la nieve que levanta, entre esa blancura deslumbrante que alterna con la alba nieve del frígido polvo suspendido, con vuestro pecho penosamente oprimido, sintiendo zumbiar los oídos y vuestras sienes, que parecen estallar en medio de ese estado fisiológico que producen las grandes alturas, una fuerza misteriosa, sin embargo, os detiene sobre la cúspide helada.

El cerebro, sobrexcitado, activa la fantasía, y la historia nacional aprendida en los tiernos años, los nombres venerandos de nuestras glorias, pronunciados entre los balbuceos de la escuela infantil, todo mezclado, confundido en un tropel fantástico, golpea la bóveda de vuestro cráneo produciendo un extásis de religioso respeto.

Los sentidos, influenciados por el sentimiento y el corazón, os presentan sobre las rocas salientes, sobre los picos erguidos que besan las nubes, la figura imponente de los héroes que, llenos de santa abnegación, escalaron estas mismas rocas, hollando esa misma nieve, con el firme propósito de morir ó legarnos la preciosa libertad de este continente.

JUAN B. AMBROSETTI.



Vista de Jujuy.

JUJÚY

El aspecto general de esta provincia no difiere del de la de *Salta*, con quien está íntimamente relacionado, por el origen de los habitantes, condiciones físicas, producciones, industria y comercio.

Sin embargo, la topografía de *Jujúy* tiene un rasgo característico, y es la *Puna de Jujúy*, vasta meseta que abraza la tercera parte del territorio y comprende cuatro de sus departamentos.

La Puna, cuya altura es de 500 metros, es un llano ondulado, pedregoso en partes y estéril, y en parte provisto de buenos pastos y de arroyos que corren por las quebradas.

Su río principal, y único de consideración, es el *San Francisco* ó *Río Grande de Jujúy*, el cual corre 120 leguas formando un semicírculo antes de unirse al *Bermejo*.

El *San Francisco* recibe las aguas que se desprenden de los valles de *Humahuaca*, de *Perico* y de las sierras de *Calilegua*.

En la Puna se encuentran, entre otras peque-

ñas, las dos grandes lagunas saladas del *Toro* y de *Casabindo*, que suministran una sal excelente para el consumo de las provincias argentinas del Norte y las de la parte Sur de la República *Boliviana*.

Esta sal se saca con hacha de las orillas de las lagunas, en grandes trozos del peso de veinticinco kilogramos cada uno, los cuales se transportan á lomo de mula.

El territorio de *Jujúy*, situado en medio de los *Andes*, está cortado por la prolongación de las serranías salteñas que van á unirse en la meseta boliviana que comienza á dilatarse desde los 24° y medio de latitud, en que se halla la *Puna de Jujúy*.

La constitución física del suelo de *Jujúy* es muy variada y desigual por su naturaleza montañosa.

No hay más llano que el de las mesetas de la *Puna*, cuya vegetación es pobre á causa de la sal de que está impregnado el terreno. En los valles, la tierra vegetal es buena, como en la parte baja de los valles de *Jujúy* y *San Francisco*, en donde la capa de tierra de labor es gruesa y fértil.

Los distritos montañosos, ingratos para la agricultura, abundan en minerales y materiales útiles. Las salinas de *Casabindo* son inagotables. Pero la *Puna* produce, á más, oro en los departamentos de la *Rinconada* y de *Cochinoca*, cuyos

lavaderos ha dos siglos que se explotan sin agotarse. En muchos lugares se encuentra plata, cobre, hierro, níquel, plomo, antimonio, y el estaño en muchos parajes. No escasean tampoco, especialmente en las sierras del Oeste, los materiales de construcción y de adorno, como jaspes, cristal de roca, cal, yeso, etc.

El betún y el alumbre se encuentran en el departamento de *Río Grande*. El betún es una sustancia de que se puede extraer petróleo ó aceite de kerosene de superior calidad.

El clima es casi idéntico al de Salta: seco y frío en la parte alta, húmedo y cálido en los valles. En las sierras sólo llueve en el verano; en los valles llueve con mayor frecuencia, y en el de *San Francisco* la lluvia es abundante en los seis meses de primavera y verano.

La vegetación es escasa en las mesetas y se reduce á plantas gramíneas. Desde la altura de 3.500 metros comienzan á aparecer en grande abundancia los cactus ó tunas. La especie de estas tunas, que por su forma llaman los naturalistas *candelabrum*, se da allí muy alta, y tan consistente, que se divide en tablas delgadas que se aprovechan en la carpintería. Á esa inmensa altura de más de 3.000 metros, se pueden cosechar la cebada, las papas y sembrar alfalfa.

Jujúy no es provincia muy ganadera; no cria más vacas que las necesarias para su consumo

interior y para una extracción reducida para *Bolivia*; pero abunda en majadas de ovejas, que dan una excelente lana en la Puna.

La llama, ó carnero de la tierra, se emplea en las serranías como animal de carga.

La cría de mulas, asnos y caballos es la industria principal y más productiva de los jujeños, por el comercio que hacen de estos animales en la republica vecina.

Los valles bajos de *San Francisco*, de la *Capital*, de *Perico* y *Santa Bárbara* al Sur, son propios para estancias de ganado vacuno y para la cría de mulas.

Los habitantes de la sierra son laboriosos agricultores; no desperdician el más pobre riachuelo: los aprovechan en el riego, limpian de piedra el terreno y cultivan la cebada, la quinoa, la papa, hasta en alturas que llegan á 3.600 metros.

La población de esta provincia puede dividirse, como la de *Santiago del Estero*, *Salta*, etc., en dos clases: la de pura sangre europea y la mezclada con los indios.

En las mesetas de la *Puna* viven los indios de raza quechúa, tal como era en el tiempo de la conquista.

Los descendientes de *euuropeos* son, según el señor de Moussy, notablemente blancos y rosados de cutis.

JUAN M. GUTIÉRREZ.

LOS ANDES

FRAGMENTO

Conoci los *Andes* en mi juventud; había conservado de ellos una impresión profunda y un recuerdo casi intacto en mi memoria.

Los *Andes* me han parecido majestuosos é imponentes.

Sus empinadas cumbres, desprovistas de vegetación arbórea, apenas están sembradas aquí y allá por capas verdosas de una pobre flora que vive de la humedad y de escasos manantiales que se abren camino entre los peñascos de las laderas, y hacen contraste con la variedad de los colores de las rocas graníticas, calcáreas, basaltos y estratificaciones que se observan á lo lejos y bajo las pisadas del viajero que recorre los valles de los ríos *Mendoza*, las *Cuevas* y los *Horcones*.

Las nevadas cumbres del *Tupungato*, del *Aconcagua*, de los cerros del *Plata*, resaltan sobre el azul intenso del cielo: cuando se ocultan detrás

de las nubes que, por poderosa fuerza de atracción, se condensan en el macizo de la cordillera, una negra oscuridad cubre el horizonte, y sucede una pavorosa tempestad, con desarrollo de gran cantidad de electricidad atmosférica, cuyos estallidos retumban y propagan sus ecos en esos solitarios valles como el estruendo de centenares de artillerías.

Sucede luego la agradable calma. El Sol brilla con intensidad sobre la nieve; sus rayos, reflejados sin traba en esa atmósfera pura, ejercen su acción intensa sobre nuestra piel; la pigmentación se exalta, y debajo de los jirones de la epidermis que cae, aparece el color bronceado de los fieros é indómitos aborígenes que poblaron esas regiones.

Las brisas que soplan por esos valles excitan nuestros nervios, nos sentimos otros hombres; ese baño de aires desconocidos ejerce una acción moral y nos invita á meditar.

PEDRO N. ARATA.

PARTE HISTÓRICA

LA FRAGATA «ARGENTINA»

EN CALIFORNIA

Buchardo, siguiendo el ejemplo de su predecesor sir Francis Drake, que ha dejado su nombre escrito en la geografia de *California*, se decidió á ir á establecer su crucero sobre las costas de *Méjico*, por la parte del *Pacífico*, con el ánimo de hostilizar vigorosamente sus poblaciones, destruyendo en sus puertos los restos del poder naval de la *España* en *América*.

Con tal propósito dió la vela desde la isla de *Morotoi (Sandwich)* el 25 de Octubre de 1818, dirigiéndose á las costas de la Alta California.

El 23 de Noviembre fondeó la expedición á la entrada de la bahía de San Carlos de Monterrey.

El decidirse á iniciar las operaciones por este punto, fué porque siendo aquel pueblo la capital de la *Nueva California*, y teniendo á sus inmediaciones ricas minas, era probable que se encontrasen en él algunos tesoros pertenecientes

al rey de *España*, y en su puerto algunas naves enemigas que hubiesen ido á refugiarse allí, huyendo de la escuadra independiente, mandada por el almirante Cockrane, terror entonces de todos aquellos mares.

Otra circunstancia lo decidió, además, á ello, y fué que, según los informes que tenía, las baterías del puerto se hallaban desmanteladas, y la población sin medios eficaces de defensa.

No era así, sin embargo. . . El gobernador de *Monterrey*, impuesto del peligro, puso á la población sobre las armas, pidió refuerzos de tropas al interior, rehabilitó las baterías artilladas con diez y ocho piezas, y estableció á lo largo de la costa nuevas baterías provisorias para situar convenientemente la artillería volante de que podía disponer.

Así apercebidos al combate, esperaban los de *Monterrey* el ataque de los corsarios argentinos.

El plan de Bucharde era hacerse preceder por la *Chacabuco*, con bandera americana, entrando él en seguida, durante la misma noche, con la *Argentina*; y después de informarse, por el comandante de aquélla, del estado de la defensa del puerto y de los recursos de que podía disponer para una resistencia, efectuar su desembarco y posesionarse de la población.

Izada la bandera argentina con grandes acla-

maciones, rompió el fuego de la *Chacabuco* sobre el fuerte.

Las dos baterías de él, apoyadas por piezas volantes que cruzaban sus fuegos á vanguardia de ellas, contestaron con viveza y ventaja los tiros de la corbeta, sin perder una sola de sus balas.

Á los quince minutos de combate, la posición de la *Chacabuco* fué insostenible: acribillada de parte á parte, con su maniobra inutilizada, tuvo que rendirse bajo el fuego incesante del enemigo.

Así dice Buchardo, que presenciaba el combate, sin poder tomar parte en él á causa de la calma: «Á los diez y siete tiros de la fortaleza tuve el dolor de ver arriada la bandera de la patria».

Oigamos sus propias declaraciones en este momento de prueba: «Los botes regresaron de la corbeta con poco orden, trayendo el que más cinco hombres; así, no tenía á bordo de la fragata más que cuarenta hombres, incluso comandante y último muchacho.

«Toda la gente de la corbeta estaba en poder del enemigo; pero éste no la había bajado á tierra, y se contentaba con cañonear el buque para que desembargase y aferrase velas, como lo ejecutaba, sufriendo mientras tanto un vivo fuego, de modo que la corbeta fué pasada á balazos de un costado al otro.

«Mi situación en ese instante fué riesgosa;

pero procuré conservar sereno el espíritu.»

En aquel momento sopló una brisa que permitió á la fragata acercarse á tiro de cañón de la fortaleza, poniendo la corbeta bajo la protección de sus fuegos.

En seguida despachó un parlamentario á tierra, exigiendo se le permitiera sacarla de su fondeadero sin que fuese molestada.

El gobernador de *Monterrey* contestó de oficio que sólo permitiría sacar el buque mediante una fuerte suma que fijó por el rescate.

La repuesta del gobernador manifestaba poca decisión, y como el objeto de Buchardo era únicamente ganar tiempo hasta la noche para poner en ejecución un nuevo plan que había concebido, todas sus fuerzas se contrajeron á garantizar á la corbeta de un nuevo cañoneo, para lo que bastaba la posición que había tomado.

Á las nueve de la noche se acercó á la corbeta un bote de la *Argentina* y sucesivamente todas las embarcaciones menores disponibles, con cuyo auxilio se transportó silenciosamente á la fragata toda la gente útil de la *Chacabuco*, dejando tan sólo á los heridos para que sus quejidos no dieran el alerta al enemigo.

Al amanecer del día 24 de Noviembre estaban listos para acometer la empresa 200 hombres, 130 armados con fusil, y el resto con picas de abordaje.

La fuerza destinada al ataque era mandada por el mismo Buchardo, y le acompañaban los oficiales Cornet, Telary, Olto, Hatton, Piris, Espora, Gómez, Whallas, los dos Merlo y el cirujano de la expedición, quedando el teniente Burgen al cargo de las embarcaciones que componían la flotilla de desembarque.

Éste se efectuó á las ocho de la mañana, á una legua de la fortaleza, y al subir un estrecho desfiladero se presentó una división de 300 á 400 hombres de caballería, que fué dispersada por los fuegos de la infantería argentina.

Pronto se halló la división expedicionaria á espaldas de las fortificaciones, que al amago del asalto fueron abandonadas por sus defensores, enarbolándose en ella á las diez de la mañana la bandera argentina, que saludaron desde la bahía con gritos de triunfo los buques del crucero.

En la fortaleza fueron tomadas varias piezas de artillería, diez de á 12 de la batería alta, ocho de la baja y dos cañones de campaña.

Las tropas dispersas del enemigo se habían reconcentrado en la población, protegidas por algunas piezas volantes con que rechazaron el avance de los primeros grupos que se acercaron á ella; pero regularizado el ataque, todo fué rendido á fuego y lanza, sometiéndose todos á la autoridad del corsario argentino.

Durante los seis días que nuestra bandera

permaneció enarbolada en los muros de *Monterrey*, el comandante Buchardo se ocupó en inutilizar la artillería rendida, haciendo reventar las piezas, arrasar la fortaleza hasta los cimientos, así como el cuartel y el presidio, haciendo volar los almacenes del rey, respetando tan sólo los templos y las casas de los americanos.

De todos los trofeos de la victoria, sólo se conservaron dos piezas ligeras, de bronce, que juntamente con una cantidad de barras de plata encontradas en un granero fueron embarcadas en la fragata.

El 29 del mismo, reparada ya la corbeta, que había quedado en estado de no poder flotar, abandonó Buchardo á *Monterrey*, con el objeto de repetir la misma operación en todas las poblaciones de la costa mejicana.

La misión de *San Juan*, la de *Santa Bárbara* y otras poblaciones menos importantes, fueron sucesivamente ocupadas por sus fuerzas en el espacio de veinte días, incendiando en ellas todas las pertenencias españolas, con excepción del templo y las casas americanas.

El 25 de Enero de 1819 estableció el bloqueo del puerto de *San Blas*, y sucesivamente el de *Acapulco* y *Sonsonete*.

En este último punto encontró una guarnición de doscientos veteranos venidos de *Guatemala*, que con la población en armas y algunos caño-

nes en posición, se le presentaron en la plaza en señal de hacer resistencia.

Trasladándose Buchardo á la *Chacabuco*, por ser buque de menor calado y de más fácil manio-bra, penetró en el puerto, y rompiendo el fue-go sobre las fuerzas de tierra, las dispersó completamente, tomando sin resistencia un bergan-tín que allí había.

Así pasó como un huracán por aquellas costas el crucero de la *Argentina*, barriéndolo todo, así en el agua como en la tierra, y derramando en en ellas el espanto y la desolación.

BARTOLOMÉ MITRE.

LA REVOLUCIÓN DE LOS SIETE JEFES

Nombrado Juan de Garay, por el adelantado Torres de Vera y Aragón, teniente gobernador del Paraguay y estableciéndose en la Asunción, dió comienzo á la obra que con tanto ardor continuó hasta su trágica muerte.

Entre sus más gloriosos hechos, figura la repoblación de Buenos Aires, el 11 de Junio de 1580.

La expedición con que llevó á cabo una de las obras que sirvieron para inmortalizar su nombre, se componía de sesenta soldados escogidos en la Asunción, partiendo para su destino de la ciudad de Santa Fe, en donde había permanecido algún tiempo para descansar de sus fatigas.

Mientras el ilustre capitán ocupábase en estas empresas, dignas de sus altas cualidades, tuvo lugar en Santa Fe la célebre revolución de los siete jefes contra el fundador y contra España, revolución que, si por el fracaso consiguiente á su inoportunidad fué condenada por los historiadores, prueba esto solamente una vez más que

las revoluciones son siempre santificadas por el triunfo.

Siete personas caracterizadas, Lázaro de Nermalvo, Pedro Gallego, Diego Ruiz, Romero, Villalta, Mosquera, y un joven Leiva, hijo de la Asunción, tramaron la conspiración, enviando emisarios á Gonzalo de Abreu, gobernador de Córdoba, para que les ayudase en sus planes de independencia, la que conseguirían una vez que, posesionados de Santa Fe y atrincherados en la ciudad, convertida en el cuartel general de los revolucionarios, pudieran expedicionar contra Garay y apoderarse de Buenos Aires, que estaba recién fundada.

Diego Ruiz y Villalta, reputados como los más hábiles de la población para llevar adelante estos planes comprometedores para el gobernador de Córdoba, fueron enviados hacia Abreu, quien parece haber entrado en la conjuración, pues se puso en comunicación epistolar con los revolucionarios.

Éstos agitaban, mientras tanto, los espíritus, ganándose la voluntad general del pueblo, formado en su totalidad por criollos, es decir, hijos de la tierra, contando por consiguiente con posibilidades de una victoria segura. La llegada de Córdoba, de Ruiz y de Villalta, fué la señal de haber llegado también el momento fijado oportunamente para que estallase la revolución,

prueba de que Abreu había aprobado sus proyectos.

Preparado todo para el movimiento, estalló esa misma noche, prendiendo al teniente de gobernador, al capitán Alonso de Vera, conocido en la historia con el nombre de *Cara de perro*. á consecuencia de su color y de su gesto, y al alcalde Olivera, personas que podían entorpecer la sublevación; y reunidos en la casa de Venialvo, punto de cita para los conjurados, distribuyeron armas y adoptaron las primeras resoluciones.

Al día siguiente, fueron convocados los *criollos* para que eligiesen por votación popular al gobernador de Santa Fe y á los de Buenos Aires y la Asunción, contando ya como segura la victoria.

La elección recayó en un hombre que se había captado las simpatías generales por su hidalgo comportamiento. Cristóbal de Arévalo fué aclamado como gobernador de Santa Fe, y aun cuando se resistió á aceptar este puesto, fué obligado por el pueblo á ocuparlo, en medio de los vitores de la exaltada multitud.

Fué este el primer acto democrático llevado á cabo en las provincias del Plata: después de 150 años de este suceso, los comuneros del Paraguay se sublevan, desconociendo la autoridad del gobernante nombrado por el virrey Armendáriz, y á los 200 años Buenos Aires depone á

los virreyes del Río de la Plata y se hace libre é independiente, proclamando el principio de la soberanía del pueblo, sosteniendo esta bandera en los campos de batalla y afianzándola con memorables victorias.

Los revolucionarios de 1580 negaron obediencia al monarca y obligaron por público bando á todos los que hubieren nacido en España á que saliesen, en perentorio término, del territorio santafecino.

No desconociendo los revolucionarios el peligro en que se encontraban, tanto por lo aventurado del paso como por los pocos recursos con que la revolución contaba, preparáronse desde el primer momento á poner sus fuerzas en pie de guerra, levantando inventario de las armas y pertrechos guerreros y ordenando todo lo conveniente para salvar la revolución de la situación en que se encontraba.

II

Los celos de Venialvo, á causa de Arévalo, que, según él, se entrometía en los asuntos militares, cuando á él le correspondían como maestro de campo de la plaza, introdujeron la división entre los revolucionarios.

Venialvo, cuyo carácter impetuoso contrastaba con el de su rival, trató de expulsar por fuerza á los españoles antes del término fijado, mientras que Arévalo lo retardaba deseoso de efectuar una contrarrevolución, que estalló poco después con el auxilio de los españoles.

El maestro de campo fué una de las primeras víctimas, muriendo de una puñalada en la garganta, que con maestra mano le dió Hernando de la Santa Cruz, que en compañía de Arévalo había penetrado en la casa de Venialvo.

El movimiento, forjado con habilidad suma, dió el resultado apetecido.

Mientras Venialvo caía herido de muerte por Santa Cruz, Gallego era asesinado por Aguilera, Juan Martín Leiva, el joven valiente y gallardo, la más simpática figura de los revolucionarios, era muerto traidoramente por Ramírez y algunos otros conjurados.

Á los gritos de ¡viva Felipe III! y de mueras á los revolucionarios, proclamóse en la plaza la contrarrevolución, enarbolando Suárez Mejía un lienzo blanco á guisa de bandera.

Diego Ruiz, uno de los siete jefes, renombrado por su valor y apreciado de todos por su hidalguía, llegó á la plaza, atraído por la algazara, siendo allí mismo ejecutado en el *rollo* alzado en aquel sitio el mismo día de la fundación de Santa Fe, *para ejecutar justicia en los delincuentes, con-*

forme á las leyes y ordenanzas reales, según el acta de 15 de Noviembre de 1573.

Romero murió á manos del verdugo poco después, y los cadáveres, divididos en pedazos, fueron colocados en postes, con rótulos infamantes, en los caminos públicos.

Villalta y Mosquera, que habían huído á Santiago buscando la protección de Gonzalo de Abreu, fueron presos y juzgados por orden del nuevo gobernador Hernando de Lerma, quien los condenó á sufrir la muerte afrentosa de la horca.

Vencida la revolución por faltarle los caudillos principales que le imprimían nervio y movimiento, fácil fué á los jefes españoles restablecer la calma momentáneamente alterada, dando libertad á los prisioneros encarcelados por los revolucionarios.

Entregado á su antecesor el bastón de mando, Cristóbal de Arévalo, en acto público, pidió que se hiciera constar por escritura pública su deslealtad, reputándola como acto de lealtad á su rey y señor, completando su reprobada acción con la súplica de que se procesase á los demás conjurados.

Terminó así el alzamiento de los criollos contra los españoles en Santa Fe de la Vera Cruz, alzamiento que hubiera podido tener serias consecuencias más tarde, si no se hubiera ahogado en la sangre de los que lo promovieron.

Por más aventurada que á esta revolución se considere y por descabellado que se suponga el plan, viene á dar una prueba más que desde los comienzos de la colonización empezaron á manifestarse rivalidades entre americanos y españoles, líneas divisorias casi imperceptibles si se quiere, pero que fueron ensanchándose y extendiéndose con el transcurso de los años, llegando á crearse el hondo abismo que después los separara.

La revolución de Santa Fe bien merece figurar en primer término entre las varias que estallaron en el continente americano antes de la era de la libertad é independencia.

RAMÓN LASSAGA.

CÓMO SE VERIFICARON

LAS FIESTAS DEL 25 DE MAYO DE 1811

Un decreto del gobierno, presidido entonces por don Cornelio de Saavedra, de fecha 27 de Marzo, dispuso que en los días 24, 25 y 26 de Mayo de 1811 se celebraran fiestas y regocijos públicos en conmemoración del primer aniversario de la Revolución é instalación de la primera Junta de gobierno.

En algunos barrios, los más principales, se combinaron refrescos públicos y bailes, y en ocho distritos se prepararon otras tantas comparsas enmascaradas. También se levantaron arcos triunfales y dos tablados con brillantes iluminaciones por las noches. Uno de dichos arcos, levantado á una cuadra al oeste de la plaza de la Victoria, se distinguió notablemente por ser el mejor arreglado y porque, además de ser su mayor ornato una estatua de la Liber-

tad, tenía por lema esta arrogante inscripción:

Calle Esparta su virtud,
sus grandezas calle Roma.
¡Silencio, que al mundo asoma
la gran capital del Sud!

La plaza de la Victoria era el centro de esta fiesta nacional: en ella se construyó un salón de madera, que sirvió para el sorteo de varios premios destinados por la Municipalidad á niñas huérfanas y á la emancipación de algunos esclavos, así como para las comparsas enmascaradas, ricamente vestidas, con que se entretuvieron los inmensos espectadores.

Como el autor, en unión de un compatriota y de un militar francés, dirigió la comparsa del barrio ó cuartel número 3 al norte de la Catedral, podrá dar una descripción breve, pero exacta de su combinación, para que por ella se forme juicio del espíritu en que se concibieron los regocijos.

La comparsa del cuartel número 3, la formaban diez y ocho parejas para el baile, destinadas las restantes á representar un melodrama. Como la idea dominante en esta composición consistía en hacer aparecer con una misma necesidad de libertad á los españoles y á los americanos, la mitad de las parejas representaba á los primeros, con sus antiguos vestidos cortos á la romana, y

la otra mitad á los segundos, con plumas de colores en la cintura y en la cabeza, como los indios. De los tres destinados á la escena, el uno vestido como estos últimos, llevaba, además, un manto carmesí, en señal de su más alta dignidad, pero cargado de grillos y cadenas, y bajo la custodia de los otros dos que hacían el oficio de lanceros.

Cada uno de los diez y seis danzantes llevaba un ramo de flores en las manos. Á las cuatro de la tarde del día 25, se presentaron en la plaza, marchando de dos en dos, un americano y un español, con la música nueva que habían preparado: después de saludar á la municipalidad, que ocupaba el centro de la galería de sus casas, subieron al salón por dos escaleras colocadas en los costados norte y sur, y al son de la marcha formaron en ala, frente á aquella corporación, presidida por el presidente Saavedra, en representación del gobierno de diputados. En esta situación saludaron de nuevo á las autoridades, rompiendo su marcha por los dos costados para colocarse en el centro del salón y empezar el baile de contradanza.

Al llegar á sus destinos, descubrieron al caudillo aprisionado, que entretanto se había situado con la escolta en el fondo del salón, haciendo á un tiempo una demostración estrepitosa del espanto que les causaba su desgracia en medio de tan grandes regocijos; el caudillo levantó la ca-

beza, reconoció á sus libertadores, y rompió un baile por alto en que hizo pedazos los grillos y las cadenas, al mismo tiempo que salió un pájaro de cada ramo, hendiendo y cantando por el aire. En el acto la comparsa se formó en pirámide en el centro del salón, cargó sobre sus hombros al caudillo, y presentándolo en esta forma al pueblo, dió la voz de «viva la libertad civil», que repitieron los inmensos espectadores, viendo también escrita esta inscripción con cada una de sus diez y nueve letras, en otras tantas tarjetas que presentó la comparsa al público.

Vuelto el caudillo al fondo del salón, se le colocó una corona cívica, se le armó con el arco, el carcaj y la flecha, y quedó reconocido como caudillo de la fiesta.

Después de esta entrada, la comparsa se formó en orden de contradanza, y rompió el baile, ejecutando cuatro figuras diferentes, cada una de las cuales concluía formándose en ala al frente de la galería y presentando las siguientes exclamaciones con tantas tarjetas como letras: «viva la excelentísima Junta», «viva el excelentísimo Cabildo», «viva la patria», «viva la unión». En seguida se bailaron dos contradanzas cuadradas: cuatro danzantes, dos españoles y dos americanos, colocados en el centro, volvieron á levantar en palmas al caudillo, presentándose éste ante el pueblo con una tarjeta en que se leía: «Premio

de la virtud». En los cuatro ángulos del salón figuraban al mismo tiempo otras tantas cuadrillas que contestaron con sus tarjetas, cuando apareció aquella inscripción: «Al amor filial», «Al amor conyugal», «Al heroísmo», «A la justicia». La segunda contradanza cuadrada, ejecutada en las mismas situaciones, presentó al caudillo con una nueva tarjeta que decía: «Al gobierno». Y se contestaba en los ángulos: «Respeto», «Lealtad», «Amor», «Obediencia», cerrándola con una figura circular, concentrada toda la comparsa en el centro del salón, que presentó al público esta última exclamación: «Al Gobierno, gloria y prosperidad».

La comparsa se retiró de la plaza de la Victoria y fué admitida y obsequiada en diferentes casas de la ciudad, como las demás comparsas, con grandes ramilletes y las más entusiastas demostraciones de unión y regocijo. La misma comparsa concurrió á la plaza en la tarde del 26; el concurso era tan numeroso como el del día 25. Cuando le llegó su turno, ocupó el salón, entrando y saludando á la Municipalidad con la misma formación en ala al frente de la galería. Colocado el caudillo en el fondo, rompió el baile, ejecutando cinco figuras generales, diferentes de las del día anterior, que acababan con los vivas al gobierno, al cabildo, á la patria y á la unión.

Esta escena concluyó con un baile ejecutado

en ala por toda la comparsa en el centro del salón; en el medio se colocó el caudillo, teniendo con sus manos una lanza muy elevada, que remataba con una corona cívica; de la punta superior salían dos gallardetones, que se extendían hasta los dos costados, teniéndolos los lanceros de los extremos, y leyéndose de un lado esta inscripción:

Día grande, memorable y sin segundo,
Honrado de los fastos será el Nuevo Mundo.

Al mismo tiempo se desplegaron cuatro banderas con los nombres de Buenos Aires, Córdoba, Suipacha, Piedras. Para comprobar la inscripción que aparecía en el reverso de los gallardetones, se leía:

Para contemplar nuestro deseo,
Pronto caerá Montevideo.

La comparsa asistió igualmente en la tarde del día 27: después de repetir varias figuras de las que se ejecutaron en los dos anteriores, concluyó formando cinco pirámides, una en el centro del salón presentando al caudillo con una gran bandera que proclamaba: «La patria triunfante», y una en cada ángulo del salón que contestaba con otras banderas: en «Buenos Aires», en «Córdoba», en «Suipacha», en las «Piedras». La comi-

parsa fué invitada á repetir la escena de este día á presencia del parlamentario que había venido de Montevideo en busca de conciliación, y se retiró en medio de los aplausos, derramando por todas las plazas diferentes composiciones en verso, alusivas al primer aniversario de la Revolución.

IGNACIO NÚÑEZ.

EL ÚLTIMO CAÑONAZO

I

¿Y cuál será el último cañonazo en esta tierra de ruido y humo?

Se sabe dónde se dispara el primero: ¡misterio es del destino dónde sonará el último!

En esta tradición nos referimos sólo al último cañonazo del primer día de gloria en que, por vez primera, tronaron á bala en estas calles.

La mañana del 12 de Agosto de 1806 no apareció el Sol en nuestro cielo, pero brillante y esplendente se levantó el sol de la victoria en nuestra historia.

Poco después de las diez, avanzaron los soldados de la reconquista, desde la plaza de toros, y antes de las doce no se oía ya un tiro.

Ardua y laboriosa fué la preparación de la reconquista, pero tras dos horas de fuego incesante, el valor de nuestros reclutas apagó el de los soldados ingleses, que empezando por retirar

sus avanzadas desde los cantones de San Miguel, se concentraron en la plaza principal, encerrándose poco después en el Fuerte.

Liniers hacia esfuerzos supremos deteniendo á sus tropas, entusiastas y ardorosas por lanzarse á la carga.

El fuerte tiroteo de los Migueletes á la vanguardia, se había interrumpido, y temiendo fueran ellos cortados, dirigióse Liniers con toda la tropa en columnas paralelas por las calles de la Merced y Catedral.

Diez y ocho cañones resguardaban las bocacalles de la plaza, coronadas de soldados las azoteas, recovas y el Cabildo.

Poco á poco, y después del más vivo y nutrido fuego, languidecía éste, contestando con menos brío los rifleros escoceses hasta que abandonaron la plaza, que en inmensa algazara y tropeles, confundidos soldados y vecinos, fué llenada por las tropas del pueblo.

Hombres, niños y mujeres, el verdadero pueblo representado en todos sus gremios, estados y condiciones, cooperó con valor y entusiasmo á la victoria.

Hasta los muchachos de las calles se distinguieron por sus servicios. Unos alcanzaban municiones en ponchitos; ótros rompían éstos para tacos de cañón. Mientras que todas las puertas se abrían para recoger y atender á los heridos,

todo auxilio era negado á los ingleses dispersos.

Pilares, puertas y ventanas, servian de refugio á los bisoños soldados, y cuando los vecinos armados veían acercar la mecha al cañón, dejábanse caer al suelo, y bajo el humo de la metralla, con furor desenfrenado, avanzaban, puñal en mano, haciendo retroceder á los intimidados ingleses.

Hasta las mujeres tiraban desde sus balcones el primer mueble ó pesado objeto á mano sobre los refugiados, y si las piedras de las calles no se levantaron sobre ellos, fué porque éstas no tenían piedras todavía.

Muerto un bravo artillero al lado de su mujer, que le ayudaba, tomó ésta el fusil caído de sus manos y de certero tiro mató al matador de su marido.

Al lado de esta valiente, *Manuela la Tucumana*, un muchacho, casi niño, Montes de Oca, con no menos heroicidad, al ver caer al cabo de cañón y que los ingleses iban á arrebatarlo en la calle Defensa, se precipitó recogiendo la mecha que aún humeaba cerca del muerto artillero, dando fuego, y al disparar *el último cañonazo*, barrió el último pelotón de petos colorados.

II

Cuando Liniers llegaba al pretil de la Merced, viendo Bérresford, parado bajo el arco de la Recova vieja, caer muerto á su ayudante Kennet, hizo con la espada seña de retirada, y replegando sus tropas, entró el último á la Fortaleza, cuyo puente levadizo levantó.

La densa bruma de un día gris, húmedo, nublado, y el humo del combate, impidió por algún tiempo divisar la bandera blanca flameando en el bastión Norte, por lo que continuaron los tiros de todas las bocacalles sobre aquel punto, y el atropellamiento y voces de las multitudes, ebrias de entusiasmo, crecían en gritería infernal. Por todas partes se oían gritos de «¡avancen!, ¡avancen!, ¡avancen!».

Los rubios granaderos escoceses guarnecíán los baluartes. Gentes de toda clase, y hasta vecinos desarmados, arrastraban muebles, tablas y escaleras, para trepar por los pozos.

El ayudante Quintana se acercó al puente, y todavía no concluído el redoble del tambor parlamentario, dejóse caer el rastrillo, que si no se alza tan pronto, detrás del ayudante se entra todo el pueblo.

El general Bérresford pretendió hablar de capitulaciones, á las que Quintana respondió con las mismas palabras que cuarenta y cinco días antes había el inglés intimidado á la débil autoridad del rey de España: «No hay otra que la de rendirse á discreción. Si no se alza inmediatamente la bandera española, de nada respondo».

Entonces fué cuando, asomando por el arco de entrada, saludando con el elástico, tiró la espada al foso, que luego Mordell, atándola con su pañuelo á la vaina, devolvió.

Al salir, con marcada desconfianza, preguntó Bérresford si habría seguridad, contestándole Quintana que como caballero respondía con su vida, y tomándole del brazo, lo sacó hasta entregar su prisionero al segundo jefe, Gutiérrez de la Concha.

III

Poco después, formando las tropas vencedoras en doble ala, desde la entrada del Fuerte hasta la del Cabildo, salieron los soldados ingleses con sus armas tocando marcha, habiendo perdido en la acción cuatrocientos doce hombres y cinco oficiales, entre muertos y heridos, y cos-

tando este triunfo al pueblo unos doscientos de sus valerosos vecinos.

Y aquellos bravos y aguerridos veteranos, ante los que la estrella victoriosa de Napoleón palideciera, cabizbajos y abatidos, desfilaron por entre dos filas de zambos, negros y mulatos, de criollos, españoles y orientales, de todos colores, mandados por la más arrogante juventud porteña. Contraste resaltante presentaba su brillante uniforme y hermosa banda de música á la cabeza, frente á los pitos y tambores de los vencedores, embarrados, descalzos y en harapos.

Aun los pilluelos de los andurriales hicieron su agosto, como que en ese mes estaban ayudando y siendo guías y avisadores á nuestros soldados y extraviando con falsas noticias á los ingleses; como chicuelos que por todas partes se metían, asomaban sus lindas caritas sucias y cabecitas desgredadas por entre las filas de milicianos, enseñándoles las lenguas á los misters, azorados, y haciéndoles *pito catalán*.....

IV

Á la mañana siguiente, presentaban á Liniers, en el salón principal del Fuerte, las banderas del regimiento 79º, que en Europa, Asia y América flamearon vencedoras.

Á todos los jefes y oficiales que se distinguieron, habíalos llamado el general improvisado por la victoria, para felicitarlos personalmente por su brillante comportamiento.

En el grupo en que se notaban Irigoyen, Via-monte, Pinedo, Somellera, Feijó, Agustini, cuyos dos últimos fueron posteriormente distinguidos con medalla de oro, se hacía la crónica más animada de los hechos del día anterior; recordando, entre otras, las hazañas de Valencia, Sentenach, Foegueda, Anzoátegui (también agraciado con igual medalla), como Correa, Córdoba, Ruiz y Miranda, marinos, que tan hábilmente dirigieron sus soldados, al par que los oficiales de tierra. Y entre conversación de bulliciosos corrillos se estaba, cuando el señor don Martín Rodríguez dijo alzando la voz:

—Pero no hay que negarlo, compañeros, la victoria de ayer es ante todo debida á los esfuerzos de nuestros compañeros de la otra banda. Sin su ayuda no hubiéramos podido organizarnos. De allí nos han venido todos los auxilios y la heroicidad desplegada por García Zúñiga, Lasala, Michelena, Salvañach, Ellaury, Balbín, Murguiondo, Méndez, Chopitea, Illa: lo que hicieron ellos, españoles, ni de aquí, ni ótros, han sobrepujado.

—¡Es verdad!—contestaron todos en unánime coro.

Y avanzando los argentinos, hasta confundirse en un solo grupo con los bravos y modestos oficiales orientales, se estrecharon entre vivas entusiastas, cual si en aquel primer abrazo fraternal, al día siguiente de correr la sangre de vecinos de una y otra margen del Plata, presintieran la solidaridad de un mismo y glorioso destino para estos pueblos, hermanos desde la cuna.

En esto estaban, cuando entró D. Martín Pueyrredón, con su hermano, trayendo á un pequeño bien embarradito, uniforme común en aquellos lluviosos días de temporal, y dirigiéndose á Liniers, dijo:

—Le presento, señor, al verdadero héroe de la jornada, de cuya hazaña dió parte á V. S. el jefe de la artillería.

Á lo que el general, avanzando, le interrogó:

—¿Conque tú disparaste el último cañonazo?

El muchacho, mirando á todos lados, no atinaba á contestar...

Y como Liniers le interrogara de nuevo, con aire que al niño se le antojó de enojo, recordando recién entonces haber hecho fuego sin orden, cortado ante la autoridad como no había temblado ante el peligro, y todo medroso, contestó al fin:

—Es verdad, señor, que yo disparé el último

cañonazo; pero perdóneme V. S., que ya no lo volveré á hacer más.....

.....

Compensada fué dignamente hazaña tan poco infantil; pero, en el correr de los años, muchos cañonazos más tiró en nuestra guerra interminable el héroe de aquel día, que hoy cumple ochenta y ocho años.

Sin duda, desmemoriado ya el valiente comandante de Patricios, D. José Montes de Oca, pronto olvidara su promesa de niño.....

.....

¿Sabéis, pues, dónde y cuándo se disparará sobre la tierra argentina el último cañonazo?

.....

—Pues yo tampoco.

PASTOR S. OBLIGADO.

LOS CORSARIOS CON BANDERA ARGENTINA

La historia del corso argentino, desde 1815 á 1821, es una brillante y animada odisea marítima, llena de episodios dramáticos, de figuras heroicas, de hazañas memorables y de aventuras extraordinarias, que puede suministrar ricos materiales para escribir un libro tan interesante como nuevo.

Durante esos años, la bandera argentina enarbolada por nuestros atrevidos corsarios, flameó triunfante en casi todos los mares del orbe: en el océano Pacífico, en el Atlántico del Sur, del Norte, en los mares de la India y en el Mediterráneo. El cañón de las naves patentadas por la República, resonó á la vez en América, en Asia, en Europa y en la Oceanía, batiendo los bajeles de guerra del enemigo, apresando sus buques mercantes, arruinando el comercio español en todo el Globo, posesionándose muchas veces de sus puertos fortificados, y dominándolo todo por la actividad, la audacia y la energía.

Taylor dominó con la bandera argentina el golfo de Méjico y las Antillas, destruyendo el comercio español en la Habana.

Chayter llevó esa misma bandera hasta la costa de la península española, hostilizando vigorosamente el comercio de Cádiz al frente de sus propias escuadras, con las que no rehusó medirse.

Brown, en calidad de simple aventurero, mantuvo con gloria su enseña de comodoro argentino al frente de las fortificaciones del Callao y de Guayaquil.

Todos estos cruceros y muchos otros tan desconocidos como importantes, son dignos de figurar en las páginas de la historia nacional; pero tal vez ninguno de ellos presenta el interés del crucero de la fragata *La Argentina*, al mando del capitán D. Hipólito Buchard, más conocido entre nosotros con el nombre del capitán Buchardo.

Los mares de la India y del Pacífico fueron su teatro de acción, dominando en ellos la Malasia y las costas de California y Centro América; destruyendo el comercio español en Filipinas; y después de recios combates, largos trabajos y proezas dignas de memoria, dando la vuelta al mundo desde las costas argentinas, doblando el Cabo de Hornos hasta la de Chile, atravesando los mares de la China.

Los célebres almirantes ingleses Drake, Candish y Anson, que haciendo el oficio de corsarios

por cuenta de la Gran Bretaña, cruzaron esos mismos mares y hostilizaron esas mismas costas, no realizaron en ellas hazañas mucho más grandes ni consiguieron para su patria mayores ventajas que las que realizó y produjo el crucero de *La Argentina*. Aquellos grandes hombres representaban, sin embargo, la primera potencia marítima, ante cuya bandera temblaba el mundo; y contaron en sus expediciones con mayores medios de acción contra un enemigo relativamente más débil. Asimismo, la Inglaterra, tan rica de glorias marítimas, les ha consagrado por esos hechos páginas inmortales, inscribiendo sus nombres en el catálogo de sus héroes. Nosotros apenas conocemos por tradición el nombre del intrépido capitán Bucharado, el primero y el último que hizo dar triunfalmente la vuelta del mundo á nuestra bandera, y el único que hasta hoy haya llevado tan lejos nuestras armas, haciendo pronunciar el nombre de la República Argentina en los más remotos mares por la boca de sus cañones.

BARTOLOMÉ MITRE.

ÚLTIMOS MOMENTOS DE MARIANO MORENO

Catorce mil pesos se pusieron á bordo del buque conductor de Moreno y su comitiva.

El objeto de la comisión cerca del gobierno británico era adquirir en la política y en los auxilios positivos de *Inglaterra* el escudo de la emancipación, que era el pensamiento íntimo de los revolucionarios de Mayo.

Después del embarque del enviado, sus dos secretarios lo notaban triste y penetrado de una idea fuerte, vasta y aflictiva.

Tenía caprichos de toda especie, y últimamente se sintió abatido en sus fuerzas.

Lo que aceleró, sin duda, su muerte, fué una fuerte dosis de emético, mayor que la necesaria, y que le hizo una destructora impresión.

Desde entonces no alzó la cabeza.

Tuvo desde esa noche mucha fiebre, pero al otro día se sintió mejor.

Á eso de las tres de la tarde, saltó de la cama

á medio vestir y llamó á sus amigos, siendo uno de ellos su hermano don Manuel.

Ya el enfermo conocía su situación, y les habló como si aquellas fuesen sus últimas palabras.

La muerte estaba ya pintada en el semblante del joven porteño, pero sus palabras corrían como un torrente.

¿Hubo jamás orador más elocuente al borde del sepulcro?

El señor Moreno cumplía en ese trance los deberes de amigo, de patriota y de embajador, con un brillo capaz por sí solo de inmortalizarlo.

Les habló largamente de la conducta que debían observar en *Inglaterra* para llenar el objeto de la comisión; de las sagradas obligaciones que la Revolución había impuesto á sus hijos, concluyendo por despedirse de una manera tierna y sublime de sus amigos y de la dulce patria á quien había sacrificado su existencia.

Acabada esta oración, se arrojó sobre una frasquera que había en una mesa y se puso á beber; en el acto se precipitaron sobre él para arrebatárle el frasco y le redujeron á volver á su cama. Acompañáronle hasta las doce de la noche, hora en que sintieron que había disminuído la fatiga, y le preguntaron cómo se sentía.

Respondió que muy malo; entonces ya no se separaron de su lado.

Insensiblemente se iba apagando la vida; y el espíritu se arrancaba sin esfuerzo de los lazos del organismo para volar al cielo de donde emanó.

La respiración cesó casi de pronto: parecía el sueño de la infancia...

Mas en medio de la consternación de los únicos custodios de las reliquias de un sér tan amable, el capitán de la nave hizo entender que era preciso arrojarlas al agua.

La noche fué amarga.

El día amaneció sereno y todo se dispuso para la final ceremonia.

El cuerpo yacía sobre cubierta en un modesto ataúd, envuelto en una bandera inglesa, y la que flameaba en protección de la nave estaba á media asta.

El capitán, después de reunir en dos filas á la marinería, tomó la Biblia y leyó solemnemente algunas preces, escuchadas en el mayor silencio.

Luego ataron á los pies del muerto un peso para que se fuese á fondo, y un instante después todo había concluido,

JOSÉ TOMÁS GUIDO.

EL CARRETERO DE BELGRANO

Difícultosa era la situación del general Belgrano en *Curuzú-Cuatí* para hacerse con los elementos suficientes de transporte que necesitaba para la más segura y fácil conducción del parque de su ejército en marcha sobre el *Paraguay*.

Las carretillas y cargueros que había llevado de la *Bajada* eran pocos y malos, y las carretas que reunió no se hallaban en estado de soportar los largos y pésimos caminos que debían recorrer.

Cuando el general se preocupaba de dar pronta resolución al inconveniente, presentósele voluntariamente el paisano correntino, Juan José Borda, y le pidió un puesto en servicio de la patria, *en cuanto se le quisiera ocupar*.

El vehemente deseo de Borda era contribuir de algún modo al sostén de la Revolución, sin preguntar ni querer saber dónde ni cómo, y sin retribución alguna.

Para todo se animaba y estaba listo en su esfe-

ra y por gracia inestimable tenía el que fuera aceptada su espontaneidad.

Belgrano le complació en el acto; y como por él supiera que era entendido en la construcción de carretas, oficio del que necesitaba en aquellos momentos, destinóle con satisfacción al trabajo de reparar y preparar los transportes.

Borda consagró toda su habilidad y todo el vigor de su robusta naturaleza á un pronto y cumplido desempeño, terminando su tarea en poco tiempo.

«Él fué—decía Belgrano—el que arregló toda la madera para la carretería del ejército.»

Durante la campaña marchó siempre al lado del general, manifestando su patriotismo y su celo de un modo propio y desempeñando cuantos cargos se le dieron.

Era carretero, era baqueano, servía de chasque, y en los pasajes de los ríos era insuperable guiador de las pelotas de cuero en que se trasladaban las municiones, las armas y aun los soldados que no sabían nadar.

Á él confiaba Belgrano las más urgentes é importantes comunicaciones de la Junta Gubernativa, siendo una prueba de su actividad esta afirmación del general: «Desde el paso de Doña Lorenza, en el *Tebicuary*, lo despaché con pliegos para la Junta, y á su regreso me halló aún en el *Tebicuary*.»

Borda estuvo en servicio del ejército hasta que Belgrano dejó el mando, *sin que hubiese percibido ni pedido auxilio alguno á la patria.*

Era, sin embargo, un padre de familia que vivía de su trabajo personal y que necesitaba no perder un minuto.

Por ser útil á la patria, ¡olvidaba á los suyos!

¡Qué tiempos! Cuando su general bajó á *Buenos Aires*, Borda solicitó permiso para visitar á su familia.

¡Su esposa é hijos habían sido dignos de éll

La madre trabajaba á reventar, ocupando el puesto del patriota ausente, y aunque la escasez fué siempre el estado normal de su hogar, ni esposa ni hijos hablaron á Borda de sus penurias. Llenos de alegría por el regreso del esposo y padre, enaltecido con sus servicios, compensaron las mortificaciones pasadas con el placer de las narraciones de la campaña.

El cuadro del hogar era tristísimo, y tuvo Borda que ceder á sus afecciones de padre una parte de su patriotismo ciego, que todo lo abandonaba.

Era indispensable su permanencia al lado de los suyos, so pena de que perecieran.

Combinó entonces sus deberes y pidió á la Junta Gubernativa que el teniente gobernador de *Corrientes* le diera colocación en una plaza militar, «en cuyo puesto pensaba hacer mayores servicios».

Así atendería de cerca á su menesterosa familia, sin quedar huérfano su corazón del amor patrio que lo consumía.

La Junta Gubernativa, por órgano de su secretario de Gobierno, ofició al teniente gobernador Galván, en los siguientes honrosísimos términos: «Los acreditados servicios de D. Juan José Borda *le hacen acreedor al aprecio del gobierno, y á que le recomiende encarecidamente á usted*, para que le coloque en clase de oficial de esa guarnición, acreditando de ese modo que no quedan sin premio los buenos servidores».

La sola recomendación colmó la modesta ambición de Borda, si ambición cabía en su alma sencilla y desprendida.

¿Qué más podía esperar en su ínfima esfera el pobre carretero y chasque de Belgrano?

El alto poder que dirigía la nave revolucionaria como encarnación genuína del sentimiento y de la aspiración nacional, bajaba hasta él, campesino humilde, para proclamar su patriotismo.

Por eso, cuando sus amigos le felicitaban por su ascenso en la milicia, solía decir, enseñando una copia de la nota del secretario de la Junta, que siempre llevaba como un objeto sagrado:

«Esto es lo que vale, porque lo tienen pocos.»

M. F. MANTILLA.

EL HIMNO ARGENTINO

CÓMO SE ESCRIBIÓ

Cuenta don Vicente López, en un sumario de su biografía, que en Abril de 1813 fué comisionado por la Asamblea de las Provincias Unidas para presentar una *marcha nacional*. El autor del Himno, que acaba de cumplir su primer centenario, tenía entonces veintinueve años. Las invasiones inglesas le debían ya su *Triunfo Argentino*, poema épico, inspirado en las reminiscencias clásicas de los poetas romanos estudiados en el Real Colegio de San Carlos por la generación de Mayo, bajo la paternal enseñanza y el chicote eficaz de don Pedro Fernández, catedrático de latinidad desde 1785 á 1805.

Don Vicente López había nacido el 3 de Mayo de 1784, en la misma casa en que murió en 1856 y, cosa singular, en la misma habitación. Esa casa es la que lleva hoy el número 533 en la calle de Perú.

La mayor parte de las higueras de su huerto fueron plantadas por su padre y por él, y si

aquel viejo patio de toscos ladrillos hablara como la roca de Lorely, contaría á la posteridad la mejor parte de la historia titeraria de la Revolución, los días de júbilo y de grandeza, los días de miseria, de pobreza y de luto, que atravesó también el autor del Himno en la violenta borrasca de 1820 y en la dilatada penumbra de 1830 á 1852.

El Himno Nacional fué escrito en la segunda habitación de la entrada de la casa mencionada, sobre una mesita de caoba de abrir y cerrar, comprada por la familia López á los oficiales ingleses de Whitelocke, en 1807. Se conserva esta tabla sencilla en que se vació el primer modelo de las marciales estrofas y también el tintero que contuvo la tinta que sirvió para escribirlas.

El poeta, desde fines de Abril, pedía inspiración á las musas, y cuenta él mismo que una atmósfera húmeda y pesada que influía notablemente en su sistema nervioso, lo traía abatido desde días atrás, sin luz ni nervio en la mente. Varias veces ensayó sobre el papel, golpeando en vano en el parche épico dos ó tres estrofas en el metro en que Luca había escrito aquella *canción* patriótica, publicada por la *Gaceta* en noviembre de 1810, y que comenzaba así:

La América toda
Se conmueve al fin.

Pero ni la inspiración, ni el metro, ni el poeta

mismo, se mostraron dignos de la epopeya revolucionaria; que ya en 1813 había batido á los españoles en Tucumán y Salta, en el Alto Perú, en San Lorenzo y en la Banda Oriental. El poeta arrojaba la pluma descorazonado, sin ánimo, rendido por una esterilidad de numen que lo hacía desfallecer. Fray Cayetano Rodríguez, el finísimo cantor de *Lise*, fraile patriota, el Metastasio de la Revolución, sería el laureado; él daría la nota, él diría el *arma viruraque*, que la Asamblea constituyente esperaba atenta. El poeta rehúía sus amigos: sólo conocían sus inquietudes, sus zozobras prometeanas, don Esteban de Luca y don Manuel García, su amado Manuel, como él lo llamaba; don Juan Ramón Rojas, otro de sus camaradas, un granadero á caballo, uno de los derrotados en las asperezas de Sipe-Sipe y poeta también como él, estaba en Montevideo. El poeta buscaba el estro perdido del *Triunfo Argentino*.

La noche del 8 de Mayo, López se puso su frac de grandes cuello y solapas, abierto sobre la esponjada pechera de valencianas, se envolvió en su capa roja, y atravesando la calle solitaria de Perú, casi á oscuras entonces, y con no pocos pantanos, llegó á las puertas de la casa de Comedias, donde los actores del tiempo, Morante entre ellos, daban el *Antonio y Cleopatra*, de Ducis, aquel poeta trágico del Directorio y del Im-

perio, que cantó á Shakespeare y que lo propagó en la escena francesa, sirviéndose del genio soberano de Talma. El poeta ocupó su modesto lugar en el patio del teatro, en que pocas semanas después debía resonar el Himno Nacional con las notas de don Blas Pareda, vagamente inspiradas por la *Creación* de Haydn.

En aquellos días el teatro era la fragua del entusiasmo en que se templaban los patriotas, como lo fué, por muchos años, hasta 1818.

Todos los pasajes patrióticos del drama eran de oportunidad y se aplaudían aplicados á las cosas y á los sucesos. Después del segundo acto, López, deshaciéndose de sus amigos, que procuraban retenerlo, salió del teatro con el cerebro ardiente, el corazón palpitante, el pecho henchido de inspiración. Puede decirse que el himno había nacido desde aquel momento.

Su gran abertura *Oíd, mortales*, abrió la grande escena de la canción; la inspiración había tomado su vuelo soberano, con el metro valiente y marcial que había sonado al oído del poeta, apagando el metro flébil, pastoral, anacreóntico, de Luca y de Rodríguez, reflejo tímido de los versos del delicado Arriaza. Por la calle, López, con paso acelerado, procura llegar pronto á su casa, porque las estrofas, unas detrás de las otras, se presentaban á sus labios, se amontonaban y desparramaban buscando la hoja de papel

en que debían vaciarse. Llegó á su casa á las diez de la noche, encendió la luz; la familia dormía, y allí, sobre la mesa, casi vertiginosamente, cayeron una á una las octavas que un año después debían sonar en todos los ejércitos argentinos y ocho más tarde en toda la América del Sur. López no durmió aquella noche: leyó y relejó sus estrofas; su entusiasmo, su excitación no le permitieron enmendar los versos débiles de que algunos de ellos se resienten. Al día siguiente, López, como Rouget de Lisle, buscó á sus amigos: á Luca, Paso (D. Juan F.), García, y les leyó su borrador, arrancando en ellos las primeras lágrimas de entusiasmo que debía arrancar en ojos argentinos la canción patria. El 11 de Mayo de 1813 la presentaba á la Asamblea y era aclamada unánimemente.

Poco tiempo después, un selecto concurso se agolpaba en la estrecha escalera del Consulado: nuestros abuelos y bisabuelos, las señoritas y las matronas de aquella encopetada villa, con sus vestidos *collant* de raso, en los que la moda mundana y semipagana del primer Imperio reinaba en todo su esplendor, tomaban asiento en el gran salón para oír el primer ensayo del himno, puesto en música por D. Blas Pareda. Estaban allí todas las mujeres de los primeros salones argentinos, señoras María Sánchez de Thompson, Mercedes Escalada, Eusebia Lasala, etc., todos

los jóvenes de la Revolución, sus tribunos, sus sacerdotes, sus guerreros. Aquel concurso se puso de pie y con respetuoso silencio oyó las notas de un himno que debía ser el monumento más duradero de la Revolución Argentina.

LUCIO V. LÓPEZ.

LOS GRANADEROS

Los granaderos á caballo son la epopeya de la Revolución y de la Independencia. Cuéntanse diez y nueve generales y cerca de doscientos oficiales de todas graduaciones salidos de sus filas.

Halláronse sus escuadrones en San Lorenzo, donde probaron sus sables, anchos en la punta, suavemente templados, de empuñadura delgada y montados con adorable equilibrio. Las fábricas europeas dejaron de mandar después armas de munición de la calidad de aquéllas, de que se encontraban todavía algunas hojas ahora veinte años en Mendoza y Chile.

Pero los granaderos á caballo no las usaron como salían de la fábrica, sino después de pasadas á molejón, hallando siempre los soldados que les quedaba sabrosa la mano al dar una cuchillada.

Los escuadrones se encontraron sucesivamente en Montevideo, en Tucumán, en Mendoza, en Chacabuco, Talcahuano, Maipo, Lima, Junín y Ayacucho. Á las órdenes del comandante D. Juan

Lavalle, se batió el suyo en retirada en Torata y Móquegua, atravesó á pie, con el recado al hombre, los arenales dilatados del norte del Perú, pereciendo de sed, y llegó al Ecuador, donde á vista del Chimborazo y de Bolívar, dos dignos testigos de sus hazañas, por sólo mostrar la pujanza de sus mandobles, se batieron con una división española de cuatrocientos hombres, éstos á lanza, á sable aquéllos, dejando ciento cincuenta muertos, en cambio de algunos chuzazos recibidos. Á la hazaña de Riobamba se siguió la batalla de Pichincha.

En 1826, un día los vecinos de Buenos Aires acudían en tropel á ver entrar ciento veinte hombres, al mando del coronel Bogado, últimos restos de los granaderos á caballo, que volvían después de trece años de campaña por todas aquellas Américas, como ellos decían, á deponer sus armas en el Parque de donde las habían tomado, anunciando que no quedaba un español armado en todo el continente. Sus armas y sus estandartes formaron un trofeo en la sala de armas.

La tarea estaba terminada. ¡No sabemos si la patria les dió las gracias! Siete soldados volvieron, los únicos que quedaban vivos ó reunidos en cuerpo de los que salieron del Retiro. De éstos, sí que sabemos que no fueron distinguidos por pensión alguna.

En la guardia de prevención traían dos recs, que fueron entregados á las autoridades. Eran dos soldados de los sublevados que entregaron á los españoles las fortalezas del Callao. Dos traidores á la patria. Rivadavia mandó fusilarlos.

La guerra del Brasil iba á comenzar, y ante todo era preciso remontar la moral del nuevo ejército, con el castigo de delincuentes que de luengas tierras venían á su patria á servir de escarmiento.

¿Cómo se obraron estos prodigios?

Hasta la creación del regimiento de Granaderos á caballo, el patriotismo y el valor habían disipado su fuerza en combates sangrientos en que perecieron á millares los más distinguidos ciudadanos. Los caminos que conducen al Alto Perú se veían desde 1811 adelante cubiertos de grupos de jóvenes de las primeras familias, estudiantes que abandonaban su carrera, comerciantes que cerraban sus almacenes para acudir á los campos de batalla, como el pueblo de París en los días gloriosos de la Revolución marchaba á la frontera al grito de la patria en peligro.

San Martín se propuso economizar hijos á las madres y brazos á la industria, montando esa mecánica humana que se llama regimiento, compuesto de articulaciones humanas, pero con una sola alma y un solo espíritu, máquinas de vencer resistencias, de matar en regla con pocos

brazos y mucha potencia de destrucción. La táctica y la disciplina eran mucho; pero más era el espíritu moral de estos veteranos que debían imprimir su sello á todos los ejércitos. Tomó, al efecto, jóvenes robustos, bellos, educados en las maneras cultas, susceptibles de todos los sentimientos nobles. Hízoles llevar la cabeza erguida con exageración y avanzar el pecho hacia adelante con altanería. Para atusarse los bigotes debían levantar ambos codos más arriba de la altura de la mano y no dar vuelta á la cara sin volver el cuerpo entero.

El lenguaje insolente de estos matones debía corresponder á su talante, y sus actos á su lenguaje. Una sociedad secreta cuidaba de que todo insulto fuese lavado con sangre, y toda acción innoble trajese en pos la excomunión del mal caballero, á quien ninguno de sus compañeros dirigía la palabra hasta su separación del cuerpo. Permitidas las calaveradas extravagantes ó licenciosas, con tal que fuesen de buen género y en buena compañía, estos bizarros jinetes, galanes rendidos, sableadores insignes, han dejado por toda la América rastros de proezas que es lástima que no pueda la historia recoger, como el polvo que se pega á los monumentos. De diez cuabras podía conocerse á la distancia un oficial del ejército de San Martín, por esa transfiguración del aspecto humano, obrada por la dilata-

ción del espíritu; y hasta ahora es fácil conocer un viejo coronel ó un simple soldado, por la manera de llevar la cabeza á lo Saint-Just, mirando más arriba del horizonte.

DOMINGO F. SARMIENTO.

FIN

ÍNDICE

PARTE GEOGRÁFICA

	<u>Página</u>
El Río de la Plata.....	7
Pampas y llanuras.....	10
El Paraná y el Uruguay.....	13
La Mesopotamia.....	17
La hierba mate.....	23
El Irupé.....	25
Santa Fe.....	27
La región del trigo.....	33
Las colonias.....	39
El segundo salto grande del Piquiry-Guazú.....	43
Bosquejo de Santa Cruz.....	45
El Pilcomayo.....	51
El Bermejo.....	56
Las sierras de Córdoba.....	58
Córdoba.....	64
Cosquín.....	69
Cuadros de la montaña.....	73
Tucumán.....	80
Los ríos Negro y Limay.....	84

	<u>Página</u>
En la Cordillera de los Andes.—Fragmentos:	
I.—El Tupungato.....	91
II.—Los Penitentes.....	93
III.—Puente del Inca.....	94
IV.—En la cumbre.....	97
Jujú.....	101
Los Andes.....	103

PARTE HISTÓRICA

La fragata <i>Argentina</i> en California	109
La revolución de los siete jefes.....	116
Cómo se verificaron las fiestas del 25 de Mayo de 1811	123
El último cañonazo.....	130
Los corsarios con bandera argentina.....	139
Últimos momentos de Mariano Moreno.....	142
El carretero de Belgrano.....	145
El Himno Argentino.....	149
Los granaderos.....	155

ina

91

93

94

97

01

03

09

16

23

30

39

42

45

9

5

89096227582



b89096227582a

89096227582



B89096227582A

PUBLICACIONES

Lecturas de Economía Doméstica, por D. CIPRIANO TORREJÓN, con la colaboración de la Sra. LUISA AIN DE TORREJÓN.

Polígrafo Argentino. — Mosaico de lectura, por los profesores ANDRÉS FERREYRA y ELEODORO SUAREZ. Un tomo con ilustraciones.

El Argentino. — Texto de lectura, por D. MARIANO A. PELLIZA. Aprobado por el Consejo Nacional de Educación y por la Dirección General de Escuelas de la provincia de Buenos Aires. Un tomo con ilustraciones.

El Lector Sud-Americano. — Nuevo curso gradual de lectura, compilado para el uso de las Escuelas Primarias, por D. RAFAEL FRAGUEIRO, catedrático del Colegio Nacional de la Capital. Tres tomos, con numerosas ilustraciones.

Lecturas morales é instructivas. — Coleccionadas y dispuestas para el uso de las Escuelas Comunes de la República, por D. JOSÉ J. BERRUTTI. Un tomo con numerosas ilustraciones. Texto aprobado por el Consejo Nacional de Educación.

Manual de la Infancia, por los PP. de la Compañía de Jesús. Contiene los siguientes libros:

- I — Historia Sagrada.
- II — Religión, Moral, Urbanidad
- III — Gramática Castellana.
- IV — Aritmética.
- V — Geometría.
- VI — Geografía.
- VII — Historia Argentina.
- VIII — Historia Natural.
- IX — Instrucción Cívica.